

## **TRABAJO DE FIN DE GRADO**

### **CONSENSO Y VIOLENCIA EN LOS REGÍMENES FASCISTA, NACIONALSOCIALISTA Y FRANQUISTA: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN.**

---

#### **GRADO EN HISTORIA**

**Facultad de Humanidades**

**Curso Académico 2020 - 2021**

**Trabajo realizado por: JULIO HERNÁNDEZ ABREU**

**Dirigido por: MIGUEL ÁNGEL CABRERA ACOSTA**

## ÍNDICE:

<b>RESUMEN.....</b>	<b>p. 2</b>
<b>OBJETIVO Y METODOLOGÍA.....</b>	<b>pp. 3 - 4</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>pp. 5 - 7</b>
<b>RENZO DE FELICE, EL AUTOR DEL ‘CONSENSO’.....</b>	<b>pp. 8 - 12</b>
Polémicas y controversias.....	pp. 8 - 10
No solo De Felice.....	pp. 10 – 12
<b>LA ITALIA FASCISTA.....</b>	<b>pp. 12 - 16</b>
La violencia en los cimientos del movimiento.....	pp. 12 – 13
¿Sólo represión?.....	pp. 13 – 16
<b>LA ALEMANIA NAZI.....</b>	<b>pp. 16 - 25</b>
Resistencia y oposición.....	pp. 16 – 17
Los apoyos del Führer.....	pp. 17 – 20
La gran obra social.....	pp. 20 – 21
Gellately y Evans: distintas prioridades analíticas.....	pp. 21 - 23
La conformación de la <i>Volksgemeinschaft</i> .....	pp. 23 – 25
<b>FRANQUISMO.....</b>	<b>pp. 25 - 34</b>
La cultura de la Victoria: los vencedores y los vencidos.....	pp. 26 – 27
Zonas grises: apatía, apoliticismo, indiferencia, pasividad.....	pp. 27 - 29
La actitud de los grupos sociales.....	pp. 29 – 31
Estrategias de captación social.....	pp. 31 – 34
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>pp. 35 – 38</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>pp. 39 - 42</b>

## **RESUMEN**

Este trabajo presenta un recorrido historiográfico a través del fenómeno del consenso que busca conocer cuáles han sido las principales ideas esbozadas por distintos autores e historiadores acerca de los apoyos sociales otorgados a las dictaduras de Adolf Hitler, Benito Mussolini y Francisco Franco. Se buscará entender cuál fue la importancia de la violencia y la coacción como mecanismos de consenso y qué otras herramientas institucionales se llevaron a cabo para obtener la fidelidad de la población. Además, se destacará la presencia de grupos intermedios: sujetos pasivos, sumisos, que por diversos factores y circunstancias materiales e inmateriales optan por la conformidad o la indiferencia. Todo ello tratando de establecer al mismo tiempo similitudes y diferencias de los tres regímenes dictatoriales.

**Palabras clave:** fascismo; Nazismo; Franquismo; consenso; consentimiento; violencia; coacción

## **ABSTRACT**

This work presents a historiographical journey through the phenomenon of consensus that seeks to know what have been the main ideas outlined by different authors and historians about the social support given to the dictatorships of Adolf Hitler, Benito Mussolini and Francisco Franco. It will seek to understand the importance of violence and coercion as consensus mechanisms and what other institutional tools were used to obtain the loyalty of the population. In addition, the presence of intermediate groups will be highlighted: passive, submissive subjects, who by various factors and material and immaterial circumstances opt for conformity or indifference. All this while trying to establish similarities and differences between the three dictatorial regimes.

**Keywords:** fascism; Nazism; Francoism; consensus; consent; violence; coercion

## **OBJETIVO – METODOLOGÍA**

*¿Qué llevó a la población a abrazar al fascismo? ¿Qué impulsó a la gente corriente a comulgar con regímenes dictatoriales? ¿Qué encontró la ciudadanía en Hitler, Mussolini y Franco que les indujo a servir fielmente a sus propósitos?* Estas y otras preguntas similares han centrado la atención de diversos investigadores y académicos de distinta nacionalidad que a lo largo de los últimos años se han tratado de resolver gracias a la aportación de nuevas fuentes y la introducción de nuevas metodologías y perspectivas analíticas. El objetivo de este trabajo es presentar una síntesis de interpretaciones historiográficas que permitan al lector hacerse una idea de los distintos puntos de vista que los historiadores han otorgado a la noción de consenso en el Nazismo, el Fascismo italiano y el Franquismo. Se buscará reflejar no sólo los puntos de encuentro entre los distintos autores, sino también sus vías de controversia. De esta manera, se intentarán resolver las siguientes cuestiones: ¿Cómo es posible que en un gobierno carente de libertades democráticas pudiera existir la complicidad ciudadana? ¿Hubo un consentimiento real por parte de la población hacia dichos regímenes? ¿Qué porcentaje ocupó la violencia y la coacción en la conformación del consenso? ¿Fue uniforme este fenómeno o hubo numerosos factores circunstanciales que dieron pie a la formación de “zonas grises”? ¿Qué vías y mecanismos emplearon los dictadores para ganarse el apoyo popular? ¿Qué sector social fue su principal sostén? La triple perspectiva desde la que parte este trabajo tratará de ahondar en las similitudes y diferencias de las tres dictaduras anteriormente mencionadas, con el objetivo de averiguar qué paralelismos sociopolíticos pueden deducirse de su génesis, evolución histórica, consolidación y conclusión en el marco de su actitud ante la población.

No será analizado en profundidad el fenómeno de la resistencia ciudadana o la oposición clandestina, que abarcaría otro trabajo de investigación; tampoco el origen social de aquellas personas y colectivos que apoyaron al fascismo. Sin embargo, ambos sí serán utilizados de forma superficial y general como parte del discurso expositivo. No procede, por otro lado, y centrándonos en el Franquismo, introducirnos en el debate en torno a su naturaleza ni establecer comparaciones con otros regímenes fascistas partiendo de sus bases ideológicas. Muchos son también los estudios que han girado en torno a la Francia de Vichy o la Rusia estalinista en la misma temática que presento en este trabajo; obviamente, por razones de tiempo y extensión, no serán abordados. Por último, cabe decir que son muchas las obras específicas que podrían dotar al trabajo de mayor enriquecimiento documental; muchos testimonios particulares que ampliarían el análisis para llegar de forma más sencilla a conclusiones más completas. Sin embargo, las condiciones académicas impiden realizar una mayor labor investigadora.

El trabajo tiene, asimismo, unos límites cronológicos. Ante la cantidad de obras realizadas y el número de autores que han tratado los aspectos sociales del fascismo, prácticamente todas las referencias recogidas en este documento datan del siglo XXI, salvo aquellas que, siendo de décadas anteriores, necesariamente fueran nombradas de cara a seguir una línea cronológica de la historiografía del consenso. Al margen de esta última puntualización, el resto de libros y artículos mencionados permitirán al lector hacerse una idea general de cómo ha ido evolucionando la investigación en los últimos 20 años y quiénes son algunos de los autores que han abanderado estos análisis. Ahora bien, es reseñable destacar que la mayoría de trabajos que permitirían un mayor enriquecimiento del estudio, si nos referimos al caso de la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista, han sido escritos en la lengua de los respectivos historiadores de cada país. Por ello, y a pesar de las numerosas obras realizadas (y traducidas) en inglés, creo necesario mencionar las barreras lingüísticas que han impedido complementar este estado de la cuestión. En cuanto a la bibliografía franquista, muchos de los trabajos consultados centran su análisis en los efectos de la Guerra Civil y la convivencia social en los años 40, siendo muy escasa la atención dada a la etapa “desarrollista” y el final de la dictadura.

El objetivo metodológico era realizar una selección bibliográfica cronológica, comenzando por las obras más antiguas y siguiendo un criterio de especificidad - generalidad; esto es, leyendo artículos concretos que giraran en torno a la figura particular de Renzo de Felice como precursor de la idea de consenso, continuar con textos de carácter general sobre dicho concepto y el legado del historiador italiano y culminar de nuevo con referencias específicas del tema a tratar en los tres países analizados. En otras palabras, creí oportuno conocer primero la evolución historiográfica desarrollada en torno a la obra de De Felice y, posteriormente, adentrarme - una vez comprendida la idea de consenso - en los casos italiano, alemán y español (en ese orden). Comenzar a leer desde fechas más antiguas hasta publicaciones más recientes tiene una explicación lógica: las obras más cercanas a los últimos años realizan un recorrido historiográfico del tema tratado o emplean investigaciones pasadas; si quiero recurrir a fuentes originales y no extraer reinterpretaciones realizadas por autores posteriores, he de seguir un orden lógico y cronológico.

## INTRODUCCIÓN:

La historiografía antifascista, tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, no dio lugar a la interpretación del fascismo como una ideología capaz de convertirse en un fenómeno de masas, intentando de este modo evitar su justificación o legitimización a través del controvertido concepto de “consenso”. Marxistas y liberales veían al fascismo como una simple “excrecencia espuria de la modernidad” (Cobo Romero, 2011, p. 65), una minoría fanática al servicio de la burguesía que buscaba vencer al comunismo. Después de 1945, la investigación histórica italiana se centró en la resistencia antifascista: se presentó al pueblo italiano como una víctima y no como un colaborador. En otras palabras, esta primera visión ortodoxa defendió que un alto porcentaje de la población italiana rechazó el régimen de Mussolini y que sólo este y sus más fieles seguidores son los verdaderos culpables de los crímenes perpetrados. Será a partir de la década de los sesenta del siglo XX cuando se lleven a cabo nuevas perspectivas analíticas que permitan profundizar en la idea de un consentimiento por parte de la población a los regímenes fascistas; en la idea de que, más allá de la demagogia y la violencia, el fascismo había sabido aunar el descontento y las aspiraciones de diversos grupos sociales. Sin embargo, no se debe obviar que esta nueva visión analítica considerará en muchos casos al gobierno del Duce como un “mal menor” en comparación con las dictaduras de Stalin y Hitler (Bernhard, 2014). En definitiva, se han ido configurando en las últimas décadas dos tendencias historiográficas principales, dos líneas de investigación que han girado, por un lado, en la enfatización de la represión y el miedo, con un “enfoque de arriba hacia abajo”<sup>1</sup> (Albanese y Pergher, 2012, p. 6), y por otro lado, en la idea del consenso a través de la acentuación de las estructuras ideológicas y culturales.

En cuanto al Nacionalsocialismo, hasta la década de los sesenta prevaleció una historiografía orientada a destacar el ámbito institucional y estatal del Tercer Reich y sus armas de convicción, relegando a un segundo plano cualquier interpretación social o cualquier interés por la mentalidad colectiva de la población que constituía el régimen (Cobo Romero, 2011). En la nueva reinterpretación del nazismo desarrollada a partir de los años 70 - en la que destacarán autores como Martin Broszat y Hans Mommsen y que se enmarcará dentro de la denominada *Nueva Historia* de la Tercera Generación de Annales - se enfatizarán los apoyos electorales dados al NSDAP. En otras palabras, estas nuevas investigaciones, a diferencia de las italianas, no se desarrollaron “en torno al comportamiento popular de la dictadura, sino que preguntaron quién había llevado a los nazis al poder” (Albanese y Pergher, 2012, p.12).

---

<sup>1</sup> En palabras de Gagliardi (2012), “privilegiando los métodos por los que el fascismo se movió hacia la sociedad en lugar de las formas en que la sociedad interpretó y adaptó su propia relación con el régimen” (p.109)

La importancia del discurso simbólico como herramienta de modelación conductual y afianzamiento del consenso cobraría interés ya en la década de los noventa, utilizando la historiografía, para su análisis, todos aquellos ejemplos de denuncia social o señalamiento llevados a cabo por individuos que habían interiorizado los preceptos ideológicos del régimen frente a aquellos que se mostraban contrarios al mismo. Crecía así durante esos años una historiografía que otorgaba un papel significativo a la identificación popular de las propuestas impulsadas por el Nacionalsocialismo. Se afianzaba de esta manera la *Alltagsgeschichte* (historia de la vida cotidiana), que permitió llevar a cabo investigaciones que fueran más allá del análisis “de arriba a abajo” y se adentraran en las diversas actitudes ciudadanas.

Los continuos vaivenes que otorgarán prioridad a las actuaciones policiales y los servicios de inteligencia en el momento de imponer a la población una actitud sumisa ante el Estado o el énfasis dado a la función desempeñada por esta última a la hora de perseguir a determinados colectivos - especialmente los judíos - vertebrarán los análisis historiográficos de los años posteriores. Cada vez más voces se alzarán en favor de esta segunda propuesta, especialmente a partir del siglo XXI, destacando la complicidad de la sociedad alemana en el exterminio racial nazi. Un papel activo de la población no judía- si tenemos en cuenta su participación en los ataques - o pasivo - si lo que destacamos es su indiferencia, consentimiento o conformidad ante la aniquilación y el exterminio (sin que ello significara un entusiasmo y respaldo público y manifiesto) -, cimentado en un discurso antisemita de exaltación de las bases étnicas y biológicas de la nación germánica frente a las amenazas del bolchevismo y el judaísmo (Cobo Romero, 2011). Esta exaltación buscaba generar un sentimiento de *autoidentificación* del ciudadano alemán con determinados valores éticos y culturales.

Tal y como recogen Molinero e Ysàs (1998), los estudios sobre el comportamiento social en época franquista experimentaron un importante crecimiento a partir del acceso de los investigadores a documentación gubernamental, especialmente a los fondos de instituciones y organismos de control social como las jefaturas provinciales de FET - JONS o la OSE, cuyos informes se destinaban a la comunicación de la situación política de su ámbito territorial. También incrementó su relevancia la utilización de fuentes orales, como demostrarán los estudios de Jordi Font para el caso de Girona. Bebiendo del debate historiográfico generado en Italia, los académicos españoles comenzaron a abordar el tema del consenso a partir de finales de los años 80, especialmente en Cataluña, donde se celebraría un seminario en 1987 sobre resistencia y apoyo en los primeros años del Franquismo. Siguiendo la estela de los trabajos italianos, autores como Francesco Barbagallo, Silvio Lanaro o Borja de Riquer contribuyeron al estudio de las actitudes políticas durante la dictadura de Franco, llevando a cabo estos dos últimos una investigación comparada a partir del

análisis del régimen de Mussolini. Poco a poco surgirán voces que intenten demostrar la imposibilidad del uso exclusivo de mecanismos represivos por parte del régimen teniendo en cuenta su perdurabilidad en el tiempo. Ahora bien, estos primeros trabajos incidían en la dicotomía resistencia / consenso sin tener en cuenta el amplio abanico de opiniones y posiciones políticas que pudo llegar a darse a partir de 1936 (Cazorla, 2002). Además, estaban enfocados especialmente en el denominado *primer franquismo*, cobrando las clases trabajadoras y las clases medias mayor atención que los grupos burgueses. Hernández Burgos (2014) destaca la importancia que adquirió en 1999 el “Proyecto Valencia”, un conjunto de investigaciones basadas en análisis de ámbito local sustentados en “la historia *desde abajo* británica, la *Alltagsgeschichte* alemana y la microhistoria italiana” (p. 93), donde destacaran los trabajos de Ismael Saz, J. Alberto Gómez Roda o Ramiro Reig. A lo largo de la primera década del siglo XX aumentaron las indagaciones en torno a dos campos de estudio: los apoyos sociales al Franquismo (que retrotraen la visión analítica a la composición de las fuerzas sublevadas que derribaron la II República y que permiten entender la fractura social de años posteriores) y las actitudes de los españoles durante la dictadura en el marco de la creación, por parte del régimen, de diversos mecanismos de atracción social.

## RENZO DE FELICE, EL AUTOR DEL ‘CONSENSO’.

### *Polémicas y controversias*

Si bien Renzo de Felice (1929 - 1996) nunca se consideró un revisionista historiográfico<sup>2</sup>, la publicación en 1965 del primer volumen biográfico de Mussolini, *Il Rivoluzionario: 1883 - 1920*, cambió la percepción que se le tenía. Las críticas que recibió desde del área marxista y liberal - democrata giraron en torno a “las bases sociales del fascismo, la existencia de una ideología y de una cultura fascistas y el consenso o la violencia en la base del régimen mussoliniano” (Canali, 2011, p. 84). De Felice afirmó, cuando vio la luz el tercer tomo de la mencionada biografía - *Mussolini il Duce: Gli anni del consenso 1929-1936* - , que el régimen fascista, tras la consolidación de la dictadura en la segunda mitad de la década de 1920<sup>3</sup>, contó con un generalizado consenso, que perduró al menos hasta mediados de la década siguiente. No obstante, la legitimidad que otorgó a la victoria del Duce en las elecciones italianas de 1924 “no tenía en cuenta la importancia de la violencia en forzar votos profascistas” (Albanese, 2012, p.61). Sobre este historiador y su reinterpretación analítica del movimiento fascista, alejada del marxismo y su determinismo económico y más partidaria de incluir factores ideológicos y culturales, puede aportarnos una visión general y sintética Francesco Traniello, autor del artículo titulado *Historiografía italiana e interpretaciones del fascismo*. Según Traniello (1999), Renzo De Felice en su obra *Le interpretazioni del fascismo* afirma que había que ir más allá de la mera interpretación general del movimiento y adentrarse en sus particularismos nacionales, “en el estudio de sus dinámicas internas” (p.178). En esta línea, González Cuevas (2016) apunta que De Felice consideraba el fascismo como un “movimiento social y político que no podía reducirse a «mussolinismo»” (p. 373). En lo que respecta al tema que nos ocupa, continua González Cuevas, se trataría de un apoyo social sustentado en la pequeña burguesía y las clases medias, víctimas principales de la situación económica, que encontraron en el fascismo una vía de recuperación tras la Gran Guerra, de afianzamiento social y protagonismo político frente al proletariado y la gran burguesía, contraria a los intereses sociales y económicos de la élite fascista; véase, por ejemplo, el deseo de esta última por convertirse en una clase dirigente autónoma y sus pretensiones de intervencionismo estatal. Unas clases medias, en cualquier caso, “emergentes” y no “decadentes” (Traniello, 1999, p. 191), alejadas de cualquier proceso de proletarización.

---

<sup>2</sup> Si entendemos tal concepto como el cuestionamiento de un acontecimiento histórico a través de nuevas interpretaciones y fuentes.

<sup>3</sup> Destacando, por ejemplo, los Pactos de Letrán de 1929, que permitieron resolver el conflicto entre el Estado italiano y la Iglesia católica.

Será en 1975, en *Intervista sul fascismo*, cuando De Felice distinguió entre fascismo como movimiento revolucionario y renovador y fascismo como régimen, basado en la política de Mussolini. Un movimiento que, en palabras de González Cuevas (2016), “propugnó la movilización de las masas” y la “creación de un hombre nuevo” (p.376) y que encontró premio a través del consenso de gran parte de la población italiana; un régimen que, finalmente, logró un compromiso con la tradicional y antigua estructura burocrática, exaltó los valores del nacionalismo y “potenció el liderazgo carismático del jefe político” (Cobo Romero, 2011, p.66). Michael A. Ledeen (1976) señala que el autor reatino hablaba de un consenso material y un consenso moral: el primero, fundamentado en la seguridad que daba a los italianos el régimen fascista; el segundo, surgido a partir de la atracción que suponía para los jóvenes la nueva sociedad ofrecida por el movimiento. González Cuevas (2016) recuerda también la polémica que generó De Felice en su gremio, ya que su obra se llegó a interpretar como una apología al fascismo. Al fin y al cabo, sus conclusiones rompían el mito de la resistencia antifascista y la idea de un régimen impuesto por la fuerza al pueblo italiano por parte de una minoría.

En 2011, Canali recogió en su artículo titulado *Il revisionismo storico e il fascismo* las discrepancias entre Guido Quazza, defensor de la idea de un fascismo conformado por fuerzas sociales violentas “sin ideología ni cultura” (p. 86) y De Felice, que introdujo la cuestión del consenso. Un consenso también matizado por parte de Alberto Aquarone - según nos cuenta Canali-, que afirmaba que a pesar de haberse producido esta circunstancia, contaría con un carácter conservador y no tanto revolucionario. La violencia por parte de estos autores adquiere así un papel más significativo que el que encontramos en las tesis de Renzo De Felice; la historiografía hegemónica de los años 70 buscaría entonces de alguna manera frenar dichas tesis, especialmente la marxista, que concebía al fascismo como un movimiento reaccionario, adscrito a las élites italianas, al poder eclesiástico, militar y judicial (Albanese y Pergher, 2012). Giovanni De Luna se mostrará especialmente crítico con la idea de consenso, cuya existencia es constatada por De Felice pero careciendo de una explicación interpretativa y otorgándole una fe desproporcionada a los documentos oficiales (Bernardh, 2014). El historiador del fascismo subestima también la influencia de la represión en la consolidación de dicho consenso. Este sería resultado de elementos coercitivos (indirectos en muchos casos; intimidatorios o psicológicos) de escaso análisis por parte de De Felice (Canali, 2011). La perdurabilidad del régimen de Mussolini se sustentaría en la difusión de una red de “órganos policiales, servicios de inteligencia y cuerpos de vigilancia” (Cobo Romero, 2011, p.68), que controlarían los espacios más íntimos y privados del ciudadano a través de espías y confidentes.

Paul Corner (2002) considera que la idea del autor italiano de un apoyo social general a Mussolini surge como consecuencia, no de la escasa existencia real de crítica o desaprobación, sino de su imposible manifestación pública por miedo a represalias. Si no hay registro de protestas populares, el consenso parece mayoritario; la no existencia de un “Auschwitz italiano” (p.332) no implica la ausencia de represión. La conformidad puede ser fingida y pasiva de cara a eludir la marginación o el castigo (Cobo Romero, 2011). Así, el significado de “consentimiento” está sesgado: al no haber otras opciones que no impliquen represión, la aceptación se convierte en la vía más fácil de seguir (pero también, al mismo tiempo, se convierte en una fuente de manipulación de la realidad social). De esta manera Corner (2002) criticaba a De Felice:

His view is curiously one-dimensional. Put very simply, he looks for open protest against fascism, finds very little, finds instead many ready to give vocal and material support to the regime, and thus concludes that there was a consensus for the regime. [...] Fascist victory [...] ensured that there was no political space for protest and that hostility to the regime could never get a foothold and emerge as open rebellion<sup>4</sup>. (pp. 328 - 329)

Al mismo tiempo, el historiador inglés considerará como parte de la estrategia propagandística de un régimen la afirmación de un apoyo unánime que realmente no tiene; el fascismo explotará, para reafirmarse, las “expresiones públicas de apoyo”, que reportaban a quienes las protagonicen una serie de “beneficios” (p.329). Eso sí, añade que “después de la primera embestida fascista entre 1921 y 1922, donde la violencia del squadristo constituyó muy claramente una especie de terror, el uso explícito de la violencia se hizo menos común” (p.331).

### ***No solo De Felice***

Frente a estos detractores, el historiador George L. Mosse se alzaría como uno de los grandes partidarios de las ideas de De Felice, afirmando que en la construcción del régimen fascista habían ejercido un papel importante los intelectuales, dotando al movimiento de un componente cultural que iba más allá de la simple exhibición de retórica y demagogia que defendía la historiografía tradicional. Las manifestaciones masivas, las concentraciones y ceremonias serán para Mosse “un momento de agregación de las masas con el fin de transmitirles un sentimiento de participación en la identidad colectiva” (Canali, 2011, p. 94). En décadas posteriores, el análisis del fascismo no sólo como un fenómeno económico y social sino también como un movimiento ideológico y / o cultural

---

<sup>4</sup> Su punto de vista es curiosamente unidimensional. En pocas palabras, busca una protesta abierta contra el fascismo, encuentra muy poco, encuentra en cambio muchos dispuestos a dar apoyo vocal y material al régimen, y así concluye que había un consenso para el régimen. [...] La victoria fascista [...] aseguró que no había espacio político para la protesta y que la hostilidad al régimen nunca podría conseguir un punto de apoyo y emerger como rebelión abierta.

costrará fuerza (Nelis, 2006). A ello se añade que el ala crítica del revisionismo del fascismo acabó adquiriendo una nueva actitud, manifestada en el congreso organizado en mayo de 1982 por parte del Instituto Gramsci. Recoge Canali en su artículo de 2011 que los historiadores más ‘ortodoxos’ abandonaron la postura defendida por Guido Quazza (en la que al fascismo se le suponía una violencia intrínseca y unívoca) y se abrieron a la idea de consenso. Es menester señalar la importancia en este debate de Emilio Gentile, alumno del propio De Felice, quien considerará que el fascismo “se sustenta sobre una variada gama de mitificaciones exaltadoras de la Nación y su pasado glorioso” (Cobo Romero, 2011, p. 67). Ahora bien, no hemos de olvidar tampoco el papel desempeñado por el filósofo Antonio Gramsci, que redimensiona el concepto de “hegemonía” y otorga mayor importancia a la superestructura ideológica, yendo más allá de las tradicionales interpretaciones marxistas sobre el fascismo. Sobre dicho concepto redimensionado por Gramsci, si lo entendemos como una forma de control de la clase dominante, habla así Walter L. Adamson (1980):

[...] hegemony refers to the consensual basis of any given political regime within civil society, i.e., roughly what Weber meant by legitimation, though with a greater sensitivity to the interweaving of consent and culture. Hegemony in this sense is nothing less than the conscious or unconscious diffusion of the philosophical outlook of a dominant class in the customs, habits, ideological structures, political and social institutions, and even the everyday ‘common sense’ of a particular society.<sup>5</sup> (p. 627)

En otras palabras, se superó el análisis de la coerción violenta como principal arma de poder hegemónico, adentrándonos en la importancia de la difusión del discurso ideológico como base de legitimación; difusión en manos de intelectuales del régimen, siguiendo la idea expuesta en párrafos anteriores de George L. Mosse; en definitiva, un adoctrinamiento activo y pasivo (Nelis, 2006). La cultura y el lenguaje (visual, escenográfico, propagandístico, etc.) se convierten así en herramientas de poder y manipulación social. Philip Cannistraro, en este sentido, analizará en los años 70 la labor del *Ministero della Cultura Popolare*, cuyo funcionamiento en Italia entre 1937 y 1944 - en lo que respecta al control del cine, la música o la radio -, demostrará la utilidad de la cultura popular como herramienta de consolidación de la identidad nacional (Albanese y Pergher, 2012). Otros elementos como, por ejemplo, la arquitectura - sobre la que Dianne Ghirardo habla en *City and Theater: The Rhetoric of Fascist Architecture* (1990) -, también se convierten en símbolos de identificación

---

<sup>5</sup> [...] hegemonía se refiere a la base consensual de cualquier régimen político dentro de la sociedad civil, es decir, más o menos lo que Weber quiso decir por legitimación, aunque con una mayor sensibilidad al entrelazamiento del consentimiento y la cultura. La hegemonía en este sentido es nada menos que la difusión consciente o inconsciente de la perspectiva filosófica de una clase dominante en las costumbres, hábitos, estructuras ideológicas, instituciones políticas y sociales, e incluso el sentido común cotidiano de una sociedad particular.

colectiva; jugarán un papel importante en la “creación del nuevo hombre y la sociedad fascistas, mitos centrales de la ideología fascista” (Nelis, 2006, p.144).

## **LA ITALIA FASCISTA.**

### **La violencia en los cimientos del movimiento**

Corner llegó a afirmar en 2002 que la situación política de Italia había invitado a adoptar por parte de ciertos sectores sociales una posición “autojustificativa y autoexculpatoria” respecto al fascismo, realizando una “revisión histórica en una dirección favorable” con el objetivo de “socavar la autoridad de la posición antifascista” (pp. 326, 327). Además, tratar de encontrar las motivaciones de los distintos contendientes en la guerra, defiende el historiador inglés, implicaría equiparar fascistas con antifascistas; considerar que todas las opiniones son aceptables. Perdonar las acciones cometidas por los seguidores de Mussolini supondría, de alguna manera, aceptarlas; su condena se rechazaría por estar basada en prejuicios ideológicos. Carga de esta manera el autor contra el revisionismo y su intento de “rehabilitar” el régimen fascista. Al escribir *Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship?* buscaba reivindicar el papel de la represión - descuidado en favor del consenso de masas - y las herramientas de control social no necesariamente represivas que también se llevaron a cabo. En esta línea, Giulia Albanese (2012) demostró no tener dudas sobre la importancia que ejerció la violencia en la consolidación en el poder del fascismo desde el final de la Primera Guerra Mundial (1914 - 1918). A partir de las elecciones locales de 1920, los fascistas, organizados en escuadras armadas de base paramilitar, ocuparán un papel significativo en la coacción, el hostigamiento y la amenaza contra opositores de distintos partidos y asociaciones, especialmente socialistas y radicales de izquierda, con el beneplácito en muchas ocasiones de las fuerzas del orden:

The Fascists were thus able to coordinate their forces across different areas and to combat their adversaries without the risk of being blocked or controlled by the police. They could also rely on a supply of high- quality arms and means of transportation, thanks to the support they enjoyed among both the army and a part of the economic elite. In this way many municipal governments in the Po Valley and throughout Central and Northern Italy were forced to resign, either due to the threat of Fascist violence or because of pressure exerted by the national government or the local prefect, who could not (or would not) guarantee their safety<sup>6</sup>. (Albanese, 2012, p.52)

---

<sup>6</sup> Los fascistas pudieron así coordinar sus fuerzas en diferentes áreas y combatir a sus adversarios sin el riesgo de ser bloqueados o controlados por la policía. También podían contar con un suministro de armas y medios de transporte de alta calidad, gracias al apoyo que gozaban tanto entre el ejército como entre una parte de la élite económica. De esta manera, muchos gobiernos municipales

Una violencia que encontró el respaldo de las élites gubernamentales y los terratenientes agrarios, contrarios a “las demandas de los trabajadores rurales” (p.53). Al mismo tiempo, afirma Albanese, el fascismo consiguió la adhesión de “jóvenes de clases medias bajas” (p.54), en detrimento del Partido Socialista. Ahora bien, Yong - Woo (2009) sostiene que el consenso coaccionado fue una situación temporal ya que, una vez caída los aparatos de propaganda y terror, un gran porcentaje del pueblo italiano se unió a la resistencia.

En 2011, el catedrático de Historia Contemporánea por la Universidad de Granada, Francisco Cobo Romero, elaboró una síntesis comparativa entre los distintos regímenes fascistas y totalitarios europeos y sus apoyos sociales. En ella, en primer lugar, reseñaba la escasa cantidad de fuentes y registros que nos podrían testimoniar las impresiones, opiniones, estados de ánimo o sensaciones políticas de la población. Posteriormente, destacaba la ausencia de un auténtico consenso general y una opinión pública real al no existir unos medios de comunicación libres que permitieran difundir y exponer las diversas ideas, opiniones, impresiones, controvertidas o críticas, de la gente de a pie. Ahora bien, continúa afirmando que a pesar de los métodos de represión y coacción, la falta de libertades y la continua vigilancia, siempre hubo espacio para, en la intimidad, el “desacato o la disidencia” (p.63). Todo ello, y a pesar de lo dicho, sin negar la leve identificación de algunos grupos sociales con determinados mensajes ideológicos combinada con el rechazo a diversas prácticas represivas; o, directamente, la clara aceptación de sectores poblaciones al discurso político del régimen:

Por último, resulta absolutamente necesario considerar el alto grado de interiorización e íntima convicción con el que numerosos integrantes de la población sometida a los regímenes fascistas o totalitarios otorgaron plena credibilidad, en un sentido alentador y cargado de esperanzadoras expectativas, a una considerable porción de los preceptos ideológicos y a las premisas políticas sobre los que aquéllos instalaron su particular proyecto antiliberal y antiparlamentario. (p. 63)

### **¿Sólo represión?**

Consolidado en el poder, el objetivo del fascismo ya no solo será movilizar a determinados grupos sociales, sino convertir a todo el conjunto de la población en un pilar básico del movimiento. Al mismo tiempo que se producía el giro totalitario del estado en la segunda mitad de la década de 1930 y la política exterior agresiva - como demostrará la Segunda Guerra Ítalo - Etiópe entre 1935 y 1936 - se buscó inculcar en la población “los valores del régimen”, creando una “revolución cultural

---

en el valle del Po y en todo el centro y norte de Italia se vieron obligados a dimitir, ya sea debido a la amenaza de violencia fascista o debido a la presión ejercida por el gobierno nacional o el prefecto local, que no podía (o no quería) garantizar su seguridad.

y antropológica” (Baris, 2012, p. 79). Tal y como recoge Yong - Woo (2009), el objetivo era conformar una nueva mentalidad comunitaria y una nueva concepción supranacional de la civilización a través de los medios de comunicación, los espectáculos multitudinarios y la reciprocidad entre los italianos de a pie y los fascistas. De Emilio Gentile, afirma Cobo Romero (2011), es innegociable su empeño en mostrar al fascismo como una religión política, donde el individuo se subordina al Estado, buscando crear así un “hombre nuevo”; un Estado antiliberal, que busca la regeneración nacional, con capacidad para movilizar a ingentes masas de población a través del liderazgo carismático de Mussolini. Sin embargo, considera que a sus reflexiones le falta “comprobación empírica” (p.67). De qué manera la dictadura mussoliniana, se pregunta el catedrático, “¿logró concitar, si es que lo hizo, un sentimiento más o menos unánime de aprobación en torno a sus proyectos totalitarios?” (p.68).

Una respuesta a esta pregunta la podemos encontrar en la militarización de la educación y la politización de planes de estudios y libros de textos. Los jóvenes italianos universitarios “continuaron aferrándose a los mitos fascistas mucho después de que el resto de la sociedad italiana le dio la espalda al régimen” (Albanese y Pergher, 2012, p. 17). Destaca la labor, por ejemplo, de la *Gioventù Italiana del Littorio* (GIL) - dentro de la cual estaba integrada la *Opera Nazionale Balilla* - controlada por el PNF desde 1937 y encargada del adoctrinamiento de la juventud (Baris, 2012). Yong - Woo señalará en 2009 que la consolidación de organizaciones juveniles fascistas fue mayor en áreas industrializadas y septentrionales y más relevante entre la clase media que en el mundo obrero. Ahora bien, la historiografía ha querido destacar organizaciones recreativas como la *Opera Nazionale Dopolavoro*, que ocuparán un papel singular en la atracción de las clases trabajadoras al proyecto transformador y modernizador del régimen italiano (Albanese y Pergher, 2012). En este caso, Yong - Woo (2009) considera oportuno señalar el cambio que vivió la OND desde una institución destinada a informar al obrero de nuevas técnicas y mejoras tecnológicas a una organización recreativa que permitía al trabajador disfrutar de actividades deportivas y de ocio. El autor coreano insiste en que estos proyectos no buscaban crear sujetos sumisos al régimen, sino conformar un consenso auténtico, una identificación real con el pensamiento fascista.

Un año después del escrito de Cobo Romero, Giulia Albanese, en 2012, profesora asociada en la Universidad de Padua, encabezaría la edición, coordinación y elaboración del libro *In the Society of Fascists: Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy*. Junto con Roberta Pergher realiza un texto introductorio donde recoge la evolución de las investigaciones historiográficas desde la década de 1960. Al margen de los datos ya expresados a lo largo de este trabajo, es necesario destacar una serie de estudios referenciados en dicha introducción: en primer lugar, el análisis histórico oral y local publicado en la década de 1980 por parte de Luisa Passerini, acerca de

la clase obrera de Turín, demostrará la capacidad de movilización de las masas de trabajadores hacia las instituciones sociales fascistas, en detrimento de la izquierda política. Así, por ejemplo, Lyttelton (2004) indicó que en torno al 35,3 % de los componentes que integraban el Partido Fascista en noviembre de 1921 eran “profesionales, trabajadores de oficina, maestros y estudiantes, el 24% pertenecía al mundo agrícola, el 16% al mundo industrial y el 12% eran terratenientes y arrendatarios campesinos (Citado en Baris, 2012, p. 71). Muchos trabajadores con experiencia técnica (véase, por ejemplo, ingenieros, matemáticos, etc.) encontraron en el PNF un espacio para explotar sus conocimientos, siendo compensado su trabajo con nuevas oportunidades económicas y ascensos laborales (Baris, 2012). Por otro lado, si queremos analizar en qué medida los dirigentes políticos controlaron el pensamiento del pueblo italiano y cómo fueron transformándose las actitudes populares desde 1930, es interesante el trabajo realizado por Simona Colarizi a principios de la década de 1990. Colarizi concluye que hubo tres grandes fases en la evolución de dichas actitudes: una fase de represión institucional contra la oposición, una segunda fase - iniciada en 1929 - marcada por el conformismo y la adaptación, y una tercera fase - a partir de 1943 - donde la disconformidad ante el régimen se hizo más evidente. De esta manera el consentimiento se vería como “un delicado equilibrio entre la coacción y la persuasión” (Fasiolo, 2017). Asimismo, Patrizia Dogliani, a finales de la década de 1990, propuso la idea de una política contradictoria en la dictadura: la propaganda - orientada a atraer a más gente a la causa fascista - se ejercía a la par que la represión (Albanese y Pergher, 2012). De esta manera, la policía secreta fascista (OVRA) y el Tribunal Especial se erigirán como elementos coercitivos del nuevo régimen (Yong - Woo, 2009).

En el año 2014, Patrick Bernhard realiza un escrito donde reseña una serie de publicaciones pertenecientes a lo que denomina historiografía *post - revisionista* en algunos casos y *anti - revisionista* en otros. En primer lugar, comenta la obra de Maura E. Hametz titulada *In the Name of Italy: Nation, Family and Patriotism in a Fascist Court*, del año 2012. En ella, reseña Bernhard, la autora defiende al nacionalismo, el catolicismo, los lazos regionales y la familia como “vehículos de identidad” (p. 155) de la estructura ideológica fascista. La obra de Kate Ferris, *Everyday life in fascist Venice*, utiliza, como en el caso de Hametz, un ejemplo local para analizar la relación régimen - población; a diferencia de esta, Ferris “muestra que el nacionalismo, el catolicismo, el militarismo y la tradición local fueron cooptados para servir a la ideología fascista” (p.156). El tercer libro comentado por Bernhard es *Ordinary violence in Mussolini's Italy*, publicado en 2010 por Michael R. Ebner. En él se incide en el aparato represivo y persecutorio del Estado italiano: se muestra el carácter “policial” que puede tener cualquier ciudadano, siendo en este caso la población un agente activo en la búsqueda y captura de enemigos del régimen (sin tener que ser, por ello, un fascista convencido). Asimismo, es mencionado Christopher Duggan y su obra *Fascist Voices: an*

*intimate history of Mussolini's Italy*, donde lleva a cabo un análisis emocional de los italianos, demostrando que el culto a la personalidad que giraba en torno a la figura de Mussolini era considerablemente tenaz. En 2015 defenderá Paul Corner el papel de las organizaciones provinciales del partido fascista en la conformación del régimen. Únicamente a partir del estudio previo de estas estructuras políticas, que permiten el control de la población, se puede llevar a cabo una evaluación de los comportamientos en torno a la voluntariedad y el consentimiento. La historia cultural - de la que beben autores como Patrick Bernhard - suele separar la opinión pública del contexto del régimen, lo cual puede llevar a una baja comprensión de este último.

## **LA ALEMANIA NAZI**

### **Resistencia y oposición**

Roberta Pergher reflexionaba en 2015 sobre la diferencia entre el régimen fascista italiano y el nacionalsocialista alemán: en torno al primero puede suscitarse un debate moral sobre posibles connotaciones positivas a la luz del apoyo popular y el consenso, algo que no ocurre en el segundo caso, en torno al que la “posición moral es inequívoca” (p.311). Italia, para De Felice, se veía como un caso menor, si lo comparamos con Alemania. De hecho, al fascismo, “cuanto más puede diferenciarse de las atrocidades del nazismo, más puede hacerle parecer esencialmente inofensivo” (Corner, 2002, p. 326). Sin embargo, este “blanqueo” de los crímenes fascistas italianos, afirma Pergher, ha sido denunciado por historiadores como Patrick Bernhard, quienes observan en ambos países “estilos similares de gobierno, proyectos expansionistas similares, ideas raciales similares y políticas de ocupación igualmente asesinas” (Pergher, 2015, p. 313). Christopher Duggan (2012), en la misma línea, considera que muchos italianos se inspiraron en el nacionalismo, ya que “estaban fascinados por sus conceptos racistas y compartían su visión del mundo” (Citado en Bernhard, 2014, p. 160). A pesar de ello, los diferentes contextos históricos en los que Hitler y Mussolini se alzaron con el poder y se consolidaron han sido origen de discrepancias en las historiografías nacionales acerca de la relación régimen - población.

Mussolini came to power with little popular support and a good deal of violence and was eventually toppled from within; Hitler had significant electoral backing and his armies continued to fight with unabated ferocity until an unprecedented four - fifths of German territory was in enemy hands<sup>7</sup>. (Pergher, 2015, p. 310)

---

<sup>7</sup> Mussolini llegó al poder con poco apoyo popular y una buena cantidad de violencia y finalmente fue derrocado desde dentro; Hitler tenía un respaldo electoral significativo y sus ejércitos continuaron luchando con una ferocidad constante hasta que cuatro quintas partes del territorio alemán estaba en manos enemigas.

En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la consideración de la Alemania nazi como un estado policial, donde la libertad ciudadana era sumamente reducida, era generalizada entre los historiadores. En 2011 Cobo Romero destacaba el “proyecto Baviera” como un pilar fundamental de los nuevos enfoques historiográficos desarrollados en los años 70<sup>8</sup>, realizándose de esta manera “un estudio exhaustivo de las actitudes sociales de la población alemana frente el nazismo” en la que no solo señalaba las diversas actitudes de consenso hacia el Nacionalsocialismo, sino también “advertía de la existencia de múltiples expresiones de disidencia y desencuentro” entre, por ejemplo, determinados grupos sociales que diferían de la política económica nazi (p. 73). Esto último se puede observar, por ejemplo, en aquellas clases medias que tenían contactos comerciales con el mundo judío y que no compartían los ataques que sufrían estos en sus negocios, concluyendo Longerich (2006) que “cuanto más antisemitas eran las medidas adoptadas, menos dispuesto se mostraba el grueso de los alemanes a aprobarlas” (citado en Evans, 2015, p. 127). Por tanto, cabe destacar la dificultad que encontró el régimen a partir de 1933 para conseguir respaldo a sus políticas, ante la “lealtad colectiva que guardaban millones de trabajadores a los ideales y principios de la socialdemocracia y el comunismo, y cuya expresión formal sólo podía quebrarse mediante el terror” (Evans, 2015, p.107). En 2004, Saz Campos se movió en la misma idea, considerando que si bien “el régimen consiguió aislar, segmentar, las distintas experiencias y actitudes críticas individuales [...] no consiguió que desaparecieran [...]” (p.115). Cobo Romero (2011) señala a Broszat como autor del concepto de *Resistenz*, haciendo referencia a todos aquellos obreros industriales que, influenciados por la ya mencionada socialdemocracia, no aceptaban integrarse en el nuevo orden implantado por los nazis:

Un rechazo que si bien no se hacía explícito mediante sonoras, rotundas y organizadas acciones colectivas de protesta, no por ello dejaba de revelarse a través una silenciosa, descoordinada, subrepticia, pasiva y, en la mayoría de las ocasiones, individualizada contestación, que ponía abiertamente en entredicho el muy parcial éxito alcanzado por los objetivos y los postulados en materia de ordenación laboral impuestos desde el poder. (p. 74)

### ***Los apoyos del Führer***

Frente al enfoque dado en el “proyecto Baviera”, Robert Gellately o Eric A. Johnson serán algunos de los principales artífices de nuevas investigaciones y estudios vertebrados en torno al papel desempeñado por los ciudadanos, que colaboraron con la Gestapo o las SS en la búsqueda y

---

<sup>8</sup> Estos nuevos enfoques han sido denominados como *Alltagsgeschichte* (“historia de la vida cotidiana”) y la *Geschichte von unten* (“historia desde abajo”)

persecución de enemigos de la nación y disidentes; colaboración que en muchos casos les reportaba beneficios. Bien es cierto que, muchas veces, las denuncias de unos ciudadanos a otros respondían más a motivos personales que a determinadas actitudes hacia al régimen y sus políticas (Evans, 2015). En cualquier caso, autores como Kershaw (2003) no dudan en señalar que “el temor al bolchevismo y el predominio del antimarxismo entre las clases medias alemanas [...] constituyeron incuestionablemente una amplia base negativa sobre la que se sentó la popularidad de Hitler” (p. 326).

A finales del siglo XX, Daniel Jonah Goldhagen publicaba la obra *Los Verdugos Voluntarios de Hitler*, originando un auténtico punto de inflexión en los estudios y análisis del Holocausto y la participación ciudadana del genocidio perpetrado por los nazis. Con gran repercusión mediática y académica, su tesis buscó demostrar cómo los alemanes de a pie colaboraron activa y voluntariamente con los miembros del NSDAP en el exterminio judío. Para Goldhagen (1997), la cultura antisemita en Alemania partía mucho tiempo antes de la llegada del Nacionalsocialismo; el ascenso de Hitler simplemente supuso un pequeño impulso a una sociedad que no comulgaba desde hacía tiempo con los principios morales occidentales. En los primeros años de gobierno nazi difícilmente se puede atribuir la violencia contra los judíos a los miembros de las SA como si el resto de la población no hubiera colaborado directa o indirectamente de ella. Por ejemplo, el escritor estadounidense menciona la Noche de los Cristales Rotos o *Kristallnacht* (1938), en la que participaron alemanes corrientes de manera totalmente voluntaria y espontánea. Sin embargo, otros autores han criticado esta idea por su simpleza: existen otros factores a tener en cuenta a la hora de analizar la actitud ciudadana. El alemán de a pie prestó atención al antisemitismo, según Fritzsche, al crecer su interés por el nazismo<sup>9</sup> y no al revés (Citado en Lida, 2008).

Frente a Goldhagen, Gellately (2002) apuesta por la multicausalidad ante el consenso - no solo el antisemitismo como principal factor -, afirmando que este último “tuvo al principio poca importancia [...] porque privar a los judíos de sus medios de vida habría ido en perjuicio de la recuperación económica del país [...]” (p. 17). Gellately asegura que, frente a la tesis de que el pueblo alemán desconocía la existencia de los campos de concentración, los medios de comunicación y propaganda ocuparon un papel significativo en la difusión pública de la labor realizada por la policía y los mencionados campos. A pesar de ese conocimiento, el favor generalizado hacia Hitler se vio refrendado a través de los plebiscitos realizados en 1933 - acerca de la salida de Alemania de las Naciones Unidas - y 1934 - acerca de la fusión de los cargos de

---

<sup>9</sup> Interés que tiene explicaciones más complejas, como la derrota del país en 1918 y las posteriores condiciones de rendición reflejadas en el Tratado de Versalles.

Canciller y Presidente de la República - con un apoyo de más del 90% en el caso del primero y cercana a esa cifra en el caso del segundo.<sup>10</sup> Al principio de la Segunda Guerra Mundial, mucha gente que se había mostrado escéptica en un primer momento acabó apoyando al Führer “por patriotismo o convencida por las primeras victorias” (p. 303). Con el paso de los años, y a pesar de las sucesivas derrotas alemanas y la caída del optimismo general, “los sondeos de opinión recogieron innumerables muestras de que la moral se mantenía firme, en el sentido de que muchos alemanes de todos los sectores sociales estaban dispuestos a seguir luchando [...]” (p. 339).

El éxito [...] en el campo de la política exterior y de los asuntos militares [...] hizo que muchos alemanes que se hallaban alejados de los nazis se sintiesen estrechamente identificados con Hitler, logró que se renovara la decaída moral, forzó una abierta aclamación, estimuló una participación activa [...] en favor de “sus” logros, desarmó a los potenciales oponentes, e hizo que fuese difícil formular objeciones a la política nazi. (Kershaw, 2003, p. 331)

En definitiva, en 2002 el historiador Gellately llegó a considerar tres fases en las que se fue modificando la opinión popular respecto al nazismo. Una primera fase se produciría desde la llegada de Hitler al poder en 1933 hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939, donde el ciudadano alemán que no representaba una amenaza política o social encontró estabilidad económica y seguridad a cambio de renunciar a diversas libertades; en esta etapa, el uso del terror no fue tan generalizado ante la falta de una resistencia organizada, la preocupación de Hitler por integrar y acomodar a la población al nuevo régimen y la aceptación de la ciudadanía a la faceta represiva del mismo. Es más, el autor pone énfasis en la labor ejercida por la Kripo<sup>11</sup>, ya que “los buenos ciudadanos agradecían que la policía pusiera a buen recaudo a los individuos normalmente considerados criminales [...]” (p. 345). La represión se dio de forma muy concreta y selectiva, el aparato de propaganda buscó “agradar” y no “imponer” y los logros económicos alcanzados por Hitler, así como las primeras anexiones territoriales, hicieron crecer el número de adeptos. La segunda fase iniciada en 1939 no presencié una disminución del apoyo social ya que, aunque habían discrepancias con ciertas políticas, “el régimen no tuvo la menor dificultad para conseguir que la población denunciara las supuestas infracciones de la normativa racista” (p. 350). La mayoría de los

---

<sup>10</sup> En el caso del plebiscito de 1933, no debemos olvidar que el resto de partidos estaban ilegalizados y que se produjeron casi tres millones de votos nulos que vienen a manifestar una cierta oposición pública a los nazis (Gellately, 2002)

<sup>11</sup> Hasta 1933, “constituía la sección de detectives de la policía ordinaria y actuaba como brazo ejecutor del fiscal general del Estado” si bien “no tardó en asumir un papel preventivo [...] en la detención arbitraria de las personas que, a juicio de la policía, podían cometer un delito” (Gellately, 2002, p. 70)

presos en campos de concentración serán de origen extranjero, así que los “buenos ciudadanos” no tenían de qué temer (Lida, 2008). Por último, en los últimos meses del Tercer Reich todavía había alemanes optimistas que se negaban a rendirse y traicionar a su líder a costa de la victoria soviética. Aún así, como afirma Kershaw (2003), en este periodo final del Nacionalsocialismo la represión terrorista vivió una “feroz escalada a medida que la fuerza aglutinante de la popularidad de Hitler iba debilitándose y derrumbándose” (p. 332).

### ***La gran obra social***

Socavado el concepto de *Resistenz* en la década de los noventa, se señalará que el Tercer Reich había conseguido, parcialmente, desintegrar las identidades colectivas y solidarias de los obreros industriales cualificados anteriormente mencionados, así como sus prácticas conflictivas, facilitando su integración en el organigrama político y social del nuevo régimen. Se había conseguido a través de nuevas estrategias laborales, encauzadas a partir de la industria armamentística y la difusión del consumo de masas (con el correspondiente disfrute de actividades de ocio y recreo). En este sentido, ocupará un papel relevante el Frente Alemán del Trabajo (DAF), que otorgará a los obreros una serie de nuevos valores de producción racionalizados donde se potenciará el bienestar y las cualidades individuales y se ensalzará “la tarea bien hecha al servicio de la comunidad nacional” (Cobo Romero, 2011, p. 76). También se ha señalado que el régimen nazi buscó la fidelidad social y el sentimiento de unidad nacional a través de diversas organizaciones de beneficencia donde participara la gente joven, como el caso del *Nationalsozialistische Volkswohlfahrt* - cuyo equivalente italiano era el *Ente Opere Assistenziali* (Bernhard, 2014). Sus campañas de Auxilio de Invierno (*Winterhilfswerk*) consistirán en la recolecta anual de marcos para ayudar a los más desfavorecidos; quienes hacían donativos portaban una serie de insignias que contribuían a ensalzar la solidaridad y participación colectiva (Fritzsche, 2008). No alistarse en las Juventudes Hitlerianas podía suponer, por ejemplo, como elemento de coerción, “no recibir el certificado de fin de escolaridad obligatoria al graduarse”, lo que negaba a los jóvenes “toda esperanza de formarse como aprendices o encontrar trabajo” (Evans, 2015, p. 115).

Los recursos materiales y económicos obtenidos en las campañas bélicas, a través de una “vasta gama de medidas de ingeniería financiera y presupuestaria” (Cobo Romero, 2011, p. 80) permitirían al ciudadano alemán disfrutar de un cierto nivel de vida y convencerle de los beneficios de las políticas expansionistas. Los jefes nazis cumplían así sus promesas de campaña para reconducir la economía de Alemania y, a través de programas como *Kraft durch Freude* ("fuerza a través de la alegría"), que ponía a disposición de la clase obrera diversas actividades turísticas y de ocio a las que nunca habían tenido acceso y rompía de esa manera las barreras de clase, se ganó el

apoyo de las masas (Kollander, 2018). A pesar de constituirse organizaciones similares a *Kraft durch Freude* tales como *Opera Nazionale Dopolavoro*, comentado en apartados anteriores, algunos autores señalan que Mussolini no tuvo la capacidad de garantizar una vida más confortable a los italianos (Pergher, 2015). En definitiva, Hitler empleó una serie de incentivos o remuneraciones para atraer al pueblo a su causa; la mayoría de la población agradecía a los nazis, en palabras de Fritzsche (2008), “el haber devuelto a la gente al trabajo, el fomentar un mayor sentido de igualdad social con acciones políticas simbólicas [...], el haber restaurado el prestigio internacional de Alemania” (p.68). Por otro lado, frente a las teorías de Fritzsche y el papel otorgado a la *Volksgemeinschaft* (“comunidad popular”) como herramienta de homogeneización social y racial e identificación nacional, visiones escépticas con sus planteamientos afirmarán que el campesinado del mundo rural, especialmente a partir del inicio de la Segunda Guerra Mundial, se mostrará contrario a renunciar a su libre modo de supervivencia económica y a asumir la doctrina ideológica nazi. Fritzsche (2008) consideraba que muchos alemanes abrazaron el Nacionalsocialismo porque “parecía ofrecer una versión nueva y mejorada de la vida nacional” ya que “la mayoría de los alemanes prefería el futuro nazi al pasado de Weimar” sin que eso tuviera necesariamente que implicar una coincidencia con “todos los puntos de la política nazi” y menos con la “deportación y asesinato de los judíos alemanes” (p. 43). En otras palabras, Fritzsche no termina de abrazar del todo un “giro voluntarista”, al considerar que la relación nazi - alemán no fue uniforme en el tiempo; explora “tanto las limitaciones de la ‘nazificación’ como sus éxitos” (Evans, 2015, p. 138). Si bien los soldados de la *Wehrmacht*, por ejemplo, experimentaron un proceso de radicalización, en el que su compromiso al nazismo y la figura de Hitler eran inquebrantables, la evolución de la guerra demostró que “cuanto mayor era la certeza de la derrota, más se intensificó el miedo de la ciudadanía a la animadversión de los Aliados [...]” (Evans, 2015, p. 142); es más, la interferencia de los nazis en la vida cotidiana acabó decepcionando a muchos de los que se habían inclinado hacia el movimiento (Kollander, 2018).

### ***Gellately y Evans: distintas prioridades analíticas***

La lucha dialéctica establecida entre Robert Gellately y Richard J. Evans será recogida por parte de Christian Goeschel en su reseña de la obra *Hitler's Compromises: Coercion and Consensus in Nazi Germany*, escrita por Nathan Stoltzfus en el año 2016. Comenta Goeschel (2018) que el consenso defendido por el primer autor había sido criticado por otros estudiosos como Evans quienes, a diferencia del académico canadiense, no infravaloraban la violencia cometida contra los representantes políticos de la clase obrera alemana, principales víctimas de la coerción nazi desde 1933. En este sentido, Evans consideraba un error catalogar a los comunistas como “marginados

sociales” - contra los que se atribuía casi exclusivamente la violencia - dada su alta representación electoral. Asimismo, critica de Gellately el hecho de no dar importancia a la violencia ejercida contra los socialdemócratas, incluso antes de 1933, destacando episodios significativos como *la semana sangrienta de Köpenick*<sup>12</sup> (Evans, 2015). En su obra, Stolfus (2016) considera que los nazis hubieron de combinar, para obtener el apoyo popular, la violencia con la legalidad política; sigue así la estela de Gellately y minimiza, por tanto, el recurso de la fuerza por parte de los nacionalsocialistas (Citado en Goeschel, 2018). Un ejemplo de “compromiso” social por parte de los nazis se manifiesta en la obra de Stolfus en las conocidas como protestas de Rosenstrasse, momento en que las esposas arias de un grupo de judíos logran liberar a sus maridos destinados a la deportación (Goeschel, 2018).

Evans (2015) afirma que el ascenso al poder del Führer no había sido precisamente legítimo, pues “la ley orgánica que brindó buena parte de los poderes legislativos de Hitler fue aprobada de manera ilegal” (p. 104). Incluso llega a enumerar las diversas artimañas que los nazis utilizaban para inclinar a su favor los resultados electorales de distintos plebiscitos llevados a cabo durante 1934: manipulaciones ejecutadas por los camisas pardas a través del señalamiento del discrepante, el arresto de los opositores o la preparación previa del voto. Además, considera que, frente a la clase obrera, “las clases medias y el campesinado se mostraron más dispuestas a dar oídos al mensaje nacionalsocialista, dado el temor que profesaba al comunismo” (p.107). Profundizando en el tema de la violencia, Richard Evans discrepa mucho sobre el hecho de reducir ésta hacia un pequeño sector de la población al que la mayoría despreciaba. No solo carga contra Gellately, sino también contra autores de la talla de Hans - Ulrich Wehler, que reducen la represión nazi a la Gestapo y los campos de concentración. Para Evans, la ley era el “instrumento principal del terror” ya que en los años 30, la represión política partía especialmente de “los tribunales ordinarios y las prisiones y penitenciarías estatales” (p. 112). De esta manera, diversos decretos y normas aprobados a partir de 1933 buscaron eliminar cualquier manifestación de disensión y oposición; cualquier atisbo de traición, complot u organización no permitida. La consecuencia no tenía por qué ser la llegada a un campo de concentración, sino a una cárcel estatal. Gellately o Stolfus, representantes de un “giro voluntarista” en la historiografía del fascismo, no sabían dar respuesta a la existencia de un organigrama de terror en el régimen nazi si, como afirmaban, no fue tan necesaria la represión del pueblo:

---

<sup>12</sup> Tras la ilegalización del partido socialdemócrata, los focos de resistencia de sus militantes en el barrio de Köpenick provocó decenas de detenciones por parte de la guardia de asalto nazi, produciéndose 91 asesinatos (Evans, 2015)

Es imposible comprender el terror desplegado por los nazis contra los habitantes de las regiones que conquistaron - en especial de las de Europa Oriental y del sudeste - y contra los judíos de las zonas ocupadas del continente si no entendemos el hecho de que ya lo habían desatado contra sectores considerables de su propio pueblo antes de 1939; lo que no sólo incluía minorías despreciadas y poco nutridas de marginados sociales, sino también millones de conciudadanos [...]. (Evans, 2015, p. 128 - 129)

Evans, al igual que con Gellately, carga contra Peter Fritzsche por su infravaloración de la coacción y la intimidación (a pesar, eso sí, de no considerarlo un defensor radical del “giro voluntarista”). En primer lugar, considera que Fritzsche no ofrece “ninguna prueba concreta de que la población de Alemania tratara de forma activa de acomodarse a los propósitos del régimen” (p.139). Por otro lado, afirma que, a pesar de ser consciente de la violencia ejercida por los nazis a lo largo de 1933, cae como Gellately en el error de no tener en cuenta la acción de los tribunales y el sistema judicial regular como factor clave en la reducción del número de reclusos en los ya mencionados campos de concentración. Las fuentes primarias - diarios y cartas - que emplea Fritzsche en su obra quizá no hagan mención al temor que podía suscitar el castigo o la amenaza, pero este hecho demuestra que “[...] sus autores debieron de actuar con no poca cautela a la hora de expresar nada que pudiera comprometerles [...]” (p. 140 - 141).

### ***La conformación de la Volksgemeinschaft***

De muy reciente actualidad es también la reseña elaborada por Patricia Kollander en 2018, titulada *Consensus in Nazi Germany: New Views and Interpretations*. En ella no solo comenta la obra de Nathan Stoltzfus, sino también se detiene en Lisa Pine, autora del libro *Hitler's 'National Community': Society and Culture in Nazi Germany*. Pine considera de vital importancia el papel de la educación como vehículo de expansión ideológica, especialmente entre los jóvenes (Kollander, 2018). Este sector de la población es, sin duda alguna, el más manipulable, pues en muchos casos no han desarrollado una conciencia crítica ni una escala de valores suficientemente sólida para no ceder ante la ingente cantidad de propaganda y adoctrinamiento del régimen. Así lo recogen las investigaciones de Johnson y Reuband (2005), que afirman que el 62% de los ciudadanos encuestados nacidos en Berlín entre 1923 y 1928 admitía haber mantenido una postura “positiva o principalmente positiva” sobre el Nacionalsocialismo, a diferencia de generaciones anteriores (Citado en Evans, 2015, p. 119). De gran repercusión será la realización del famoso documental *El triunfo de la voluntad*, donde se representará el congreso del Partido Nacionalsocialista celebrado en Núremberg en 1934. Llama la atención también, por ejemplo, el uso en todos los ámbitos de la vida

cotidiana del saludo nazi *Heil Hitler!* que, de alguna manera, al sustituir a otras expresiones como “buenos días”, se convirtió en un “signo externo público de apoyo al régimen” (Evans, 2015, p. 153): el riesgo a represalias invitaba a responder al saludo, dando la impresión externa de que había un consenso generalizado en torno al nazismo.

Además, Pine vuelve a incidir en la creación simbólica de una comunidad popular o *Volksgemeinschaft*, sustentada en la idea de una identidad nacional a la que sólo podían suscribirse determinadas personas de pureza aria y de utilidad productiva (esto descartaba, entre otros, los enfermos mentales y discapacitados). Por tanto, la *Volksgemeinschaft* generaba dos clases de emociones: por un lado, una sensación de pertenencia y objetivo común entre sus miembros y, por otro, un sentimiento de distinción, de separación entre los individuos vinculados a la comunidad y las personas ajenas a ella. El “orgullo” de formar parte de esa colectividad era difundido a través de los medios de comunicación y todos los elementos propagandísticos posibles, desde la arquitectura hasta el cine: se creó así una auténtica banda sonora y escenografía visual en torno al régimen, haciendo partícipe al pueblo, haciéndole sentir protagonista de la historia de Alemania (Fritzsche, 2008). Se conseguía de esta manera convencer a la ciudadanía de que aquellos que no cumplían ciertos requisitos de raza y mentalidad no serían nunca integrados en la *Volksgemeinschaft*. A esta idea, Saz Campos en 2004 añadía que “la incuestionable modernidad de la política social nazi y la poderosa capacidad de atracción del mito - parcialmente realizado - de la comunidad nacional contribuyeron a la disolución de identidades como las de clase o estatus, lo que explica la amplitud de los apoyos sociales al régimen” (p.115).

Ahora bien, Fritzsche (2008) argumentaba que la *Volksgemeinschaft* no había sido un invento nazi, puesto que desde el inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914, “la comunidad del pueblo había representado la reconciliación de los alemanes, durante tanto tiempo divididos por razones de clase, región y religión” (p.45). Al mismo tiempo, este espíritu de fortaleza colectiva fue empleado por los nazis años después, utilizando los acontecimientos desencadenados en Alemania tras el fin del conflicto bélico:

Los nazis llevaron la noción de la comunidad del pueblo hasta su conclusión más radical. Se aferraron a las pruebas del sufrimiento de Alemania y, al mismo tiempo, renovaron las perspectivas sobre la grandeza futura del país. Insistieron con ahínco en los enemigos internos y externos (los judíos, los usureros, los marxistas, los Aliados), a los que culpaban de obstaculizar la regeneración nacional. El Nacionalsocialismo ofreció una visión completa de renovación que muchos alemanes encontraban atractiva, pero la combinaron con el alarmante espectro de la desintegración nacional. Desde el punto de vista de los nazis, 1914

representaba la renovación y la vida, mientras que 1918 era la amenaza de la revolución, el caos y, en última instancia, la muerte. (Fritzsche, 2008, p. 45)

Para concluir la aportación del profesor británico, hemos de mencionar la crítica que realizó Richard Evans al historiador alemán Götz Aly. Aly (2006) consideraba que el régimen nacionalsocialista se había preocupado por garantizar el bienestar económico y social de sus ciudadanos. Con el tiempo, la población fue sintiendo una sensación de seguridad y confort ante las mejoras laborales y fiscales que introdujeron los nazis. Para preservar el nivel de vida del pueblo alemán, fue necesario llevar a cabo una política de expolio y rapiña de los recursos de los territorios que se iban ocupando; de esta manera, los gastos derivados de la guerra no dañaban tanto la economía del país. Los judíos, en este sentido, fueron víctimas de expropiaciones, cuyos beneficios se destinaban a los alemanes arios. Sin embargo, los judíos ni eran tantos ni eran lo suficientemente ricos para aumentar la calidad de vida de la nación. Además, si los factores materiales y el bienestar económico habían cimentado la lealtad del alemán al nazismo, cabría haber esperado una desolación mayor ante su caída (Evans, 2015).

## **FRANQUISMO**

Sevillano Calero escribía en el año 2002 un artículo titulado *Consenso y violencia en el "nuevo estado" franquista: historia de las actitudes cotidianas*. En él establecía una serie de factores que se entremezclaron en la conformación del consenso: la génesis cultural que vertebró la movilización política en 1936, el discurso legitimador de los “alzados”<sup>13</sup>, la política de recompensas hacia los apoyos recibidos por éstos últimos y la corrupción o la extensa represión. Entender las actitudes políticas de la población española durante el llamado “primer franquismo” es comprender el papel que jugó la represión en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil; cárcel o muerte se convirtieron en las expectativas que ofrecía adoptar una postura hostil al nuevo régimen. Molinero e Ysàs (1998) consideraban que la dictadura franquista se había erigido, particularmente durante sus primeros momentos de consolidación, en torno al empleo de la violencia política, “con la creación de un vasto aparato represivo destinado a neutralizar y a destruir cualquier amenaza del Nuevo Estado” (p. 134). Otros investigadores, como Saz Campos (2004), afirman que la perdurabilidad del régimen franquista en el tiempo no pudo basarse únicamente en la represión, que,

---

<sup>13</sup> “La guerra española fue imaginada como el centro de una lucha universal contra la "revolución" en defensa de aquellos valores morales y sociales que eran considerados esenciales de la identidad patria y de la raza” (Sevillano Calero, 2003, p.169)

aunque fundamental y decisiva, hubo de complementarse con una serie de apoyos sociales e institucionales y un cierto grado de aceptación ciudadana. ¿De dónde partía esta aceptación?

### ***La cultura de la Victoria: los vencedores y los vencidos.***

Tal y como expone el propio Saz Campos en su obra del año 2004, el proyecto de investigación que realiza en torno a las actitudes sociales de la población de Valencia entre 1939 y 1953 le induce a diversas reflexiones: en primer lugar, el establecimiento de una distinción entre vencedores y vencidos, asumiendo la existencia de grupos populares en ambos bandos y, por tanto, concluyendo que esta división “se superponía a las de clase” (p.189). Los “vencidos”, identificados y perseguidos de forma sistemática, manifestaron su hostilidad al régimen, mientras que aquellos que habían simpatizado o colaborado con los “vencedores”, se mostrarían partidarios del mismo; algo lógico si tenemos en cuenta los beneficios que les reportaba su condición de victoriosos, como podía ser la obtención de pensiones, viviendas o cargos públicos. Esto último, por ejemplo, lo vemos reflejado en la composición provincial de ayuntamientos, diputaciones y órganos de poder, desde donde estos “vencedores” se encargaban de “delatar a los “enemigos de la Patria”<sup>14</sup>, exigir el castigo de quienes consideraban culpables de las muertes de sus familiares o solicitar al Estado que honrara la memoria de los “caídos” por la causa rebelde” (Hernández Burgos, 2014, p. 94). Los vencedores se convirtieron, por tanto, en los encargados de construir el régimen “desde abajo”<sup>15</sup>.

Las Comisiones Provinciales de Incautación de Bienes, el Cuerpo de Investigación y Vigilancia y el Servicio de Investigación de Falange se erigirán, como han expuesto Anderson y del Arco Blanco (2011), como instituciones del Nuevo Estado destinadas a la represión y en las que participaría “gente corriente”. La primera, dedicada desde 1937 a la confiscación de las propiedades de aquellos individuos que, en territorio conquistado, perjudicaran la labor del Movimiento Nacional, no podría haberse realizado sin la colaboración ciudadana en la elaboración de inventarios o en la tasación de bienes. La distribución de esas propiedades requisadas entre distintos grupos sociales (como, por ejemplo, comunidades religiosas afectadas por las oleadas anticlericales durante el Frente Popular) generó un apoyo social fundamental en la supervivencia del Nuevo Estado. La adhesión a estas organizaciones respondía en muchos casos a las consecuencias derivadas de la Guerra Civil que generaron, en opinión de los autores, “ansias de justicia y de compromiso político

---

<sup>14</sup> “Los vencedores estaban unidos por un corpus de ideas que justificaban la represión y, en algunos casos, les hacían participar en el ejercicio de la violencia y en el control social, fortaleciendo su identidad de vencedores y vigorizando al régimen franquista del que eran parte” (Arco Blanco, 2009, 264).

<sup>15</sup> Según indica Hernández Burgos (2013), el 80% de las vacantes de las empresas privadas fueron ocupadas por excombatientes del bando nacional a partir de un decreto de agosto de 1939.

que activaron actitudes enérgicas contra los republicanos” (p. 131). Las denuncias llevadas a cabo por parte de ciudadanos de a pie contra vecinos de ideología contraria se verían de esta manera - y sin tener en cuenta los casos de individuos guiados por la coacción - como una compensación a sus sufrimientos vividos durante el conflicto y como una manifestación del éxito de la “cultura de la victoria”, base de la división del país entre “buenos” y “malos”, entre “vencedores” y “vencidos”. Existía, según León Álvarez (2008), un escaso interés por parte del régimen en buscar la reconciliación; se pretendía, eso sí, la reintegración de los derrotados y su reeducación en valores católicos y conservadores. La necesaria *justicia de Franco* uniría a hombres y mujeres en la venganza de sus mártires y la limpieza de los enemigos de España. La Guerra Civil se vería como un acontecimiento “palingenésico y sanador del cuerpo de la nación” donde el enfrentamiento “se convertiría en una fuerza creadora” y la visión de *Cruzada* del conflicto ayudaría a construir nuevas mitologías, ritos y símbolos con el fin de ganar adeptos en la zona nacionalista (del Arco Blanco, 2009, p. 253). Alonso Ibarra definiría en 2017 esta idea como la construcción de “una narrativa sobre la guerra en la que primaba la desnacionalización del enemigo - extranjerizado, rusificado - y la renacionalización del conjunto de la sociedad española en clave católica, centralista y contrarrevolucionaria” (p.149).

***Zonas grises: apatía, apoliticismo, indiferencia, pasividad.***

Frente a esta dicotomía entre vencedores y vencidos, entre apoyo inquebrantable y oposición militante, existían también individuos que optaban por la neutralidad, la indiferencia, la aceptación del régimen como un mal menor ante el deseo de no volver a experimentar episodios de violencia; aquellos que ni disfrutaron de los beneficios de la victoria ni de las consecuencias de la derrota. Saz Campos (2004) también menciona la existencia de personas con actitudes algo ambiguas que no llevaban a cabo una oposición o resistencia activa, pero que al mismo tiempo, en un deseo de reconciliación, no tenían porqué colaborar con la política oficial, pudiendo incluso llegar a ayudar, solidarizarse o proteger a algún miembro del bando republicano. En cualquier caso, la hostilidad hacia el régimen era secundaria o minoritaria en comparación con la pasividad; pasividad que respondía, en primer lugar, al miedo la represión, que “tuvo efectos paralizantes y definitivos sobre la mayoría de la población” (p.193), pero también al prioritario objetivo de la supervivencia diaria. No solo se buscaba eliminar al enemigo político sino también disuadir y prevenir a aquellos que adoptaran actitudes y conductas inadecuadas. Sobre este tema así opinaba en el año 2003 el historiador Sevillano Calero:

Si bien no hubo una "adhesión entusiasta", existió una pasividad general en la sociedad, que explicaría en parte la consolidación del nuevo régimen. Este apoliticismo fue el resultado de la

represión y el miedo, las consecuencias de la economía en la población (con los efectos del hambre y el cansancio después de la guerra civil, y la mejora del nivel de vida a lo largo de la década de 1950) y la labor de la Iglesia católica, el Ejército y la Falange (no tanto encuadradora, sino en el adoctrinamiento de los valores de aceptación y pasividad). De este modo, el nuevo Estado franquista no solo utilizó la violencia política, sino que penetró en la sociedad a través de la elaboración de una ideología. (p.162)

Cazorla apuntaba en 2002 que reducir la represión franquista posterior a la guerra civil al distanciamiento generado entre la dictadura y los grupos sociales derrotados sería minusvalorar su capacidad para originar una ruptura entre “una minoría opositora militante dispuesta a sufrirla” y los antiguos defensores del Frente Popular, cuyas actitudes iban “desde la apatía política y el conformismo a la acomodación, pasando por la protesta individual” (p.316). En el mundo universitario, considera el catedrático andaluz, la apatía y despolitización que experimentaron la mayoría de estudiantes demuestra “el fracaso de la socialización política de la juventud en el franquismo” (p.163). Como bien recoge Hernández Burgos (2014), “los fuertes deseos de llevar una existencia centrada en la vida familiar y en el desempeño de sus trabajos fomentaron la desmovilización social y el rechazo a lo político” (p.95). El desapego de la población hacia los partidos, afirma Cazorla (2002), explicaría cómo Falange a partir de 1945 pasó a un segundo plano con la facilidad que le permitía la escasa movilización social que generaba. El autor señalaba que la historiografía española había indagado muy poco en conocer “en qué medida y a quién merecía la pena el riesgo de sufrir la represión o de comenzar una segunda fase de la guerra civil [...] frente a la certeza de vivir en paz, por muy miserable que esta fuera, bajo el franquismo” (p. 316). Un análisis sobre la opinión popular bajo la dictadura merece tener en cuenta, tal y como afirma el historiador almeriense, la ausencia en la población española de perspectivas de un futuro esperanzador de libertad a corto plazo, teniendo en cuenta la actitud no intervencionista mostrada por las potencias aliadas victoriosas de la Segunda Guerra Mundial. En esta línea, Molinero e Ysàs (1998) también consideran que muchas personas “valoraron más la seguridad que ofrecía el franquismo en la defensa de sus intereses esenciales que un futuro incierto que provocaba desconfianzas y temores” (p.137). La población perteneciente a estas “zonas grises”, en definitiva, se habituó a la falta de libertad y se centró en intentar, en la medida de lo posible, volver a su antigua “normalidad”.

El optimismo de los españoles y su apoyo a Franco empezará a crecer desde los años 50, momento de la rehabilitación del régimen a nivel internacional gracias a los acuerdos con el Vaticano y Estados Unidos. Será a partir de la década de los 60 cuando la dictadura, aupada por su crecimiento económico, empleó las armas de propaganda necesarias para presentar ante los

españoles las favorables consecuencias de la paz duradera en su bienestar social y poder adquisitivo (Hernández Burgos, 2014). Debemos tener en cuenta que, frente a Mussolini y Hitler, cuya popularidad comenzó a descender a partir de las primeras grandes derrotas en la Segunda Guerra Mundial, la negación de España a entrar “oficialmente” en el conflicto internacional junto a las potencias del Eje (y destacando la propaganda del régimen la tenacidad de Franco en la famosa entrevista de Hendaya entre *el Caudillo* y *el Führer*), aumentó el prestigio del dictador español. Además, la responsabilidad de las miserias que vivía la población recaía sobre otros personajes como Serrano Suñer, otras instituciones como Falange e incluso otras épocas como la II República, siendo objeto Franco de un menor señalamiento popular gracias a los mecanismos de propaganda (Cazorla, 2002).

El rechazo europeo a la entrada de España en la ONU tras finalizar el conflicto internacional, paradójicamente, fortaleció la dictadura: la población se vio castigada por aquella medida, fuese afecta o no al régimen, señalando la culpabilidad de las potencias extranjeras y alabando el papel de Franco en la defensa de su dignidad y la soberanía nacional de España (León Álvarez, 2008). La propaganda jugó un papel fundamental en la exaltación de la figura del dictador como un ser “providencial, salvador de España del comunismo y de la disgregación de la Patria” y, al mismo tiempo, alabar su política social centrada en la búsqueda de la “justicia social, el orden y la paz” (Molinero, 2005, p. 42). Franco se erigió como el artífice de la superación del aislamiento y la legitimación de las potencias europeas a su régimen. La educación y la moral cristiana se convertirán en base del adoctrinamiento y la formación de los españoles. La primera se convirtió en un medio de transmisión de los valores morales e ideológicos del régimen a las nuevas generaciones, sustentados en los principios del nacional - catolicismo; a través de la segunda se consolidó un discurso ultracatólico defensor de valores tradicionales. El cumplimiento de estos preceptos morales formó parte de la vida cotidiana e íntima de la población (León Álvarez, 2008).

### ***La actitud de los grupos sociales***

Los discursos post - bélicos empleados por el bando nacional calaron entre las clases altas, las clases medias conservadoras y el campesinado familiar, que habían visto amenazado su estilo de vida ante las pretensiones republicanas. Hernández Burgos afirmaba en 2013 que el Franquismo supo explotar las simpatías que durante la guerra había generado en determinados grupos sociales su discurso nacionalista y católico. Su concepción de una nación natural, eterna y exclusiva y su deseo de otorgar a España el papel internacional que le correspondía complacía a la derecha española más reaccionaria. Por otro lado, la “empresa recatolizadora satisfizo los anhelos y esperanzas de muchos católicos españoles que percibían al nuevo régimen como una salvaguarda de sus creencias” (p.115).

Ser español y ser católico se concebía, para algunos sectores sociales, como dos principios inseparables. En la retaguardia rebelde los soldados llevaban noticias acerca de la destrucción, por parte del bando republicano, de esculturas católicas, la colectivización de propiedades o la ejecución de diversos asesinatos; noticias que, reales o manipuladas, calaban entre la población (Hernández Burgos & Fuertes Muñoz, 2015).

Tal y como recogen Molinero e Ysàs (1998), las clases burguesas y los grandes propietarios agrarios se posicionaron a favor del nuevo régimen, habiéndose sentido amenazados por el caos y la conflictividad en el caso del primer grupo y hostigados por las políticas republicanas y el ascenso del movimiento obrero y campesino en el caso del segundo. No dudan en señalar que, por ejemplo, la burguesía industrial catalana se mostró a favor del régimen, “traumatizada por la experiencia colectivizadora y por la persecución sufrida” (p.136). En otras palabras, el apoyo se basaba en un factor económico más que en una cuestión política e ideológica. A aquellos productores de bienes de consumo que dependían del comercio exterior a la hora de adquirir materias primas, energía o maquinaria, no les complacía, como es obvio, la política autárquica de los primeros años del régimen. La llegada de los tecnócratas, el auge económico y la industrialización de los años 60 garantizaba, para las clases burguesas, una motivación que iba más allá del simple “paz y orden”. La conflictividad en esta década sería protagonizada por los sectores más “jóvenes y dinámicos”, especialmente dentro del mundo industrial.

En cuanto a las clases medias, afirman Molinero e Ysàs (1998), el apoyo hacia el régimen durante sus primeros años fue mayor en las áreas interiores, donde la mentalidad conservadora, la influencia católica, los ecos fascistas ante los que se sentían atraídos los más jóvenes y los beneficios que implicaba la condición de “vencedores” fueron factores determinantes. El rechazo y la hostilidad pasiva vendrán de aquellos sectores vinculados a las tradiciones políticas liberales, laicas y republicanas. La configuración de una “sociedad de consumo” en los años 60, vinculada al crecimiento económico, “favoreció la pasividad política y la aceptación del régimen” (p.138). Paradójicamente, el inmovilismo gubernamental ante ciertas cuestiones sociales y culturales generó actitudes conflictivas pasivas y activas. Las clases medias católicas, en la periferia, mostrarán comportamientos diferentes en función de “la intensidad y la virulencia de los conflictos sociales e ideológicos vividos” (p.138). En cualquier caso, País Vasco y Cataluña fueron siempre focos de disidencia, aunque en muchos casos relegada al ámbito privado. Tal y como recoge Sevillano Calero (2003), en la región catalana no se “consiguió una influencia ideológica notable ni un apoyo masivo y entusiasta”, pero se “impuso la pasividad política y social” (p.162). Por último, en cuanto a las clases trabajadoras, Molinero e Ysàs (1998) consideran que en durante primer franquismo optaron por posiciones discrepantes que, en cualquier caso, no se reflejaron en acciones multitudinarias de

protesta sino más bien en actitudes pasivas y sumisas ante el miedo, ya comentado anteriormente, que generaba la represión. El régimen consiguió neutralizarlos, pero no conquistarlos: la pasividad no significaba indiferencia o aceptación, simplemente la búsqueda prioritaria de la subsistencia. Los apoyos vinieron por diversas circunstancias de ciertos sectores sociales: ideológicas, religiosas y económicas (por ejemplo, los beneficios laborales que les reportaban haber participado en el conflicto del bando nacional)<sup>16</sup>. La preocupación del régimen por ganarse el favor de estos sectores sociales se reflejan en “economatos, acceso a viviendas baratas, avances de la Seguridad Social o buenas condiciones de jubilación” (Saz Campos, 2004, p. 194). Los años 60 supondrán el incremento de la oposición obrera manifiesta y el abandono de la pasividad ante la mejora de las condiciones de vida y la disminución del miedo entre las nuevas generaciones de obreros industriales.

### ***Estrategias de captación social***

En comparación al régimen nacionalsocialista y fascista, continúa en su obra de 2004 Saz Campos, el Franquismo no entendió la violencia como una herramienta transitoria que diera paso a nuevos mecanismos de inclusión y movilización de las masas. Buscó, obviamente, el apoyo popular dentro del mundo obrero, como demostrará la Unión Naval de Levante o los Altos Hornos del Mediterráneo; sin embargo, la pasividad ciudadana también se debía a un Estado que no se esforzó en lograr un consenso entusiasta y ampliamente activo, que no configuró un proyecto comunitario y revolucionario de integración y movilización, sino que buscó una sociedad despreocupada políticamente. La guerra y el genocidio étnico no formaban parte del objetivo franquista al no existir una necesidad de moldear la pertenencia a la comunidad a través de la identificación del enemigo exterior, como ocurría en el caso de la *Volksgemeinschaft*. Finalmente, el catedrático español considera que a nivel cronológico debe establecerse una distinción entre “los primeros años, los años del terror, la humillación, el hambre y la miseria” y la segunda década donde “la represión se aminoró, la pobreza sustituyó a la miseria, se estableció una <<normalidad sin política>> y la oposición atravesó su mayor crisis” (p.195).

Ahora bien, frente a la tesis que afirmaba la inexistente búsqueda por parte del franquismo de un consenso activo, sustentada en la nula movilización social y el simple intento de obediencia, Molinero e Ysàs (1998) defienden la idea de un franquismo preocupado por las opiniones y

---

<sup>16</sup> “¿Cómo explicar el papel de miles de "enlaces sindicales", de vocales de los "jurados de empresa", de miembros de las Secciones Sociales de los Sindicatos Verticales, fieles a la línea de mando de la OSE y a los patronos, contra los que tuvieron que batallar muy duramente los activistas de las CC.OO?” (Molinero & Ysàs, 1998, p.139)

actitudes de los españoles, a través de la ejecución de diversos proyectos (eso sí, de modesto resultado favorable ante los escasos recursos aportados por el Nuevo Estado) con los que ganar el favor de distintos sectores sociales. La satisfacción de las aspiraciones sociales de las masas se concibió como un mecanismo de control social y generador de consenso, sustentado en la idea de la patria como madre protectora de sus miembros (Molinero, 2005). Habría, eso sí, diferentes grados de aceptación de estas políticas. Tal y como explica León Álvarez (2008), “los obreros con mayor conciencia de clase y de la situación política [...] mantendrían una postura distante y poco receptiva” frente a otras personas que, ante su menor grado de politización, “se mostrarían receptivas al discurso populista del Franquismo” (p.133).

La preocupación del bando nacional por “atraer” a los españoles se plasmará en la creación durante la Guerra Civil de Auxilio Social, una organización cuya finalidad caritativa la podríamos comparar con la *Winterhilfswerk* nazi. La política de reconstrucción nacional que pretendía - ayudando a individuos, especialmente infantes, de cualquier adscripción ideológica - era escasamente llevada a la práctica: en palabras de Molinero (2003), diversos trabajos han mostrado “el adoctrinamiento, coacción y, con el frecuencia, el menosprecio con que fueron tratados los hijos de los vencidos” (p.321). Auxilio Social era un mecanismo de propaganda política e integración comunitaria<sup>17</sup>, organizando y desarrollando desde 1937 el Servicio Social de la Mujer: las jóvenes debían colaborar en recolectas públicas al menos tres veces durante el tiempo que duraba dicho servicio. Servicio Social pasaría a estar controlado, a partir de diciembre de 1939, por la Sección Femenina; organismo que, junto con el Frente de Juventudes, llevaría a cabo, al margen del control social y la obvia labor propagandística, obras asistenciales a personas desfavorecidas<sup>18</sup>.

Es cierto que la intención deliberada de los hombres de Franco no fue llevar a la inanición a parte de la sociedad española, tal como pone de manifiesto su preocupación por solventar los problemas del hambre. Pero también es cierto que la «estructura» del régimen franquista era coherente con esta situación: mediante la aplicación del intervencionismo autárquico, las bases sociales del régimen, identificadas con los vencedores en la «Cruzada», escaparon del hambre o incluso progresaron económicamente; al mismo tiempo, los que habían perdido la guerra fueron lanzados contra el muro del hambre, las enfermedades y la represión socioeconómica. (del Arco Blanco, 2009, p. 267)

---

<sup>17</sup> A cambio de la contribución aportada, “los individuos recibían una insignia que posteriormente debían exhibir si no querían ser tachados de desafectos” (Molinero, 2005, p. 31).

<sup>18</sup> “En los años cuarenta, en un contexto de hambre y enfermedades frecuentes por subalimentación y falta de medicinas, una de las primeras actuaciones del Frente fue ofrecer merienda y atenciones sanitarias a los niños y jóvenes afiliados” (Molinero, 2003, p. 324 - 325)

La búsqueda por parte del régimen de apoyos sociales se cimentó, en cierta medida, en la publicitación de organismos destinados a solventar necesidades sociales, especialmente en el ámbito familiar. La protección comunitaria aparece en el Franquismo vinculada al gobierno, ya que el instrumento básico de política social - el Ministerio de Trabajo - y, en consecuencia, todos sus organismos vinculados (Instituto Nacional de Previsión - organizado en torno a los ámbitos de accidentes de trabajos, subsidios familiares, enfermedad, vejez y seguros libres -, Mutualidades Labores...), estaba en manos de Falange. Además, la Organización Sindical Española (OSE), creadora de diversos organismos como “Previsión Social” - centrada en el mundo rural - o “Servicio del Seguro de Enfermedad”, también estaba bajo su control. Vemos, por tanto, que el partido único, a pesar de depender del Estado, alimenta el aparato institucional, la burocracia estatal y dirige las organizaciones de masas. Creada la Vicesecretaría Nacional de Obras Sindicales en 1941, la Obra Sindical del Hogar - en colaboración con el Instituto Nacional de la Vivienda - se constituirá como el organismo emblemático de la OSE y “un instrumento destacado para la obtención de consenso desde el ámbito sindical” (Moliner, 2006, p. 104). Asimismo, la Obra Sindical Educación y Descanso vino a emular la función de la *Opera Nazionale Dopolavoro* o de la *Kraft durch Freude*: se intentó, por ejemplo, impulsar el *Hogar del Productor*, la reutilización de antiguos espacios populares de reunión marxista destinados al descanso de los trabajadores afines al régimen.

Por otro lado, el Fuero del Trabajo (1938), la primera Ley Fundamental del Nuevo Estado, fue la base de la que partió el “Régimen Obligatorio de Subsidios Familiares”, cuyo objetivo era dotar al trabajador masculino de los bienes necesarios para la subsistencia de su prole evitando de esa manera que la madre abandona su función primordial en la casa con el fin de obtener un trabajo. Asimismo destaca los préstamos de nupcialidad y de natalidad en materia demográfica y de género, el Seguro Obligatorio de Enfermedad (1942) - del cual considera Moliner (2003) que “si bien representó un avance considerable para amplios sectores de trabajadores, no fue así para buena parte de los asalariados de las zonas más industrializadas de España” (p.327) - o el Plus de Cargas Familiares (1945), medida surgida ante la insignificancia que suponía el subsidio como ingreso salarial. La distribución en el seno de la empresa de los <<puntos>> se realizaba atendiendo al estado civil y número de hijos del trabajador. Estas ayudas, escasas si las valoramos desde una óptica general europea, eran bien vistas por la población al “no conocer la realidad exterior” y, por tanto, “creer que la propaganda respondía a la realidad y que el régimen franquista era un abanderado de la protección social” (Moliner, 2006, p. 107). El Ministerio de Trabajo, dirigido desde 1941 por José Antonio Girón, fijó los salarios de los trabajadores hasta 1958, momento en que se aprobó la Ley de Convenios Colectivos. Al margen de la coacción laboral, el ministerio también ejerció, como se ha dicho, una labor social. El 18 de julio se convirtió en fiesta de Exaltación del Trabajo, fecha en la

que se inició el “Glorioso Alzamiento” y que distaba mucho de la celebración obrera del 1 de mayo: el objetivo era exaltar la hermandad productora y el trabajo como servicio a España. Esto no quiere decir que este último día citado no fuera importante para los falangistas: organizaban durante dicha jornada diversos actos en determinadas áreas industriales donde buscaban la complicidad de los trabajadores (Molinero, 2005). Girón deseaba vincularse lo más posible con las masas obreras, especialmente con los mineros asturianos, a través de una retórica populista. Ismael Saz, en su obra de 2004, nos traslada al mundo fabril de la zona costera valenciana a través de un estudio del astillero Unión Naval de Levante. Su objetivo era analizar las formas de vida y actitudes sociales en el territorio durante el primer franquismo, entrevistando a 10 trabajadores entre 68 y 88 años. Uno de los individuos entrevistados afirmará sobre Girón lo siguiente: “[...] apoyó el desarrollo de la <<Benéfica>>; fue decisivo para que los trabajadores accedieron a las viviendas construidas para ellos en las mejores condiciones; concedió sustanciales aumentos salariales y pagas extraordinarias [...]” (pp. 231 - 232)

En definitiva, la pregunta que debemos hacernos ante lo visto es: ¿en qué medida la represión, la destrucción de espacios de sociabilidad popular y la intervención en el ocio perjudicó las políticas destinadas a captar el favor de las masas y fomentó la pasividad? Para Molinero (2005), la magnitud en la represión y las pésimas condiciones de vida que perduraron más de una década explican la escasa capacidad para generar consenso por parte del régimen (no hemos de olvidar que en Alemania, por ejemplo, la llegada de los nazis vino unida a la mejora de la economía, hecho que no ocurrió en el Franquismo); a estos factores se unirían la “insignificancia de la inversión en gasto social y la primacía de la disciplina sobre la atracción en las relaciones sociales” (p.198). Acerca de las distintas organizaciones sociales que conformó el régimen la misma autora, dos años antes, expresará la siguiente afirmación:

[...] en España no puede hablarse de Estado de Bienestar hasta la instauración del régimen democrático, dado que tal concepto conlleva - además de un mayor volumen de prestaciones sociales que las que se daban en España - una voluntad redistributiva y una aplicación universal, que no se dieron durante el franquismo. (Molinero, 2003, p.329)

## CONCLUSIONES:

**1.- Más allá de la dicotomía “consenso - disenso”** → Consentimiento y consenso difieren en algunos aspectos de su definición, algo que no ocurre en el idioma italiano, donde ambos conceptos se utilizan por igual. Según apunta Cabana Iglesia (2011), el primero se trata de una actitud activa de afirmación y/o aprobación que, independientemente del estado de ánimo del individuo que lo enuncia, otorga permisibilidad a las políticas del estado. El consenso, por otro lado, hace referencia a un acuerdo conjunto, compartido, que se sustenta en la conformidad de las partes involucradas. La historia afirma que “el consentimiento no remite a la armonía entre los dos sujetos ni denota un grado de cohesión significativo como sí lo hace el concepto de consenso” (p.92). Una vez aclarado esto, se ha visto a lo largo del trabajo cómo el fenómeno del consenso no debe analizarse desde parámetros absolutos y cerrados; en otras palabras, en la interpretación histórica no existen sólo casos blancos y negros, puede haber grises. La dicotomía consenso - disenso se rompe e irrumpe en el discurso historiográfico otros vocablos (aceptación pasiva, indiferencia, resignación, etc.) que permitan englobar la extensa zona intermedia entre la que se movieron las distintas actitudes ciudadanas. Saz Campos (2004) alude a esta idea a través de la siguiente reflexión en torno al nazismo:

Las actitudes de disenso o no - conformidad aparecen muchas veces entremezcladas con las de conformidad, complacencia y colaboración. Tan entremezcladas como para no reconocerse en factores de clase, religión o género. [...] Al fin y al cabo se dieron tanto actitudes de colaboración parcial en individuos hostiles al poder nazi, como actitudes parcialmente resistenciales o de no colaboración en individuos que congeniaban con los aspectos fundamentales del nazismo. (p. 116)

El catedrático español expresa con estas palabras la idea de que no todos los ciudadanos se comportaban del mismo modo, respondían de la misma manera ante diversas acciones del régimen ni poseían los mismos deseos, inquietudes o expectativas; algunos, incluso, llegaban a adoptar posiciones contradictorias. Los sujetos históricos no constituyen grupos definidos y puros. Algunos individuos podían “aceptar el régimen por lo que este ofrecía en términos de consenso pasivo - orden, paz, trabajo, mejora individual - y rechazar los mecanismos y apelaciones propias de la articulación del consenso activo” (Saz Campos, 2004, p.181). Es decir, se ha de tener en cuenta también aquellos factores materiales e ideológicos que pueden influir en la configuración de una actitud. Un ejemplo de ello son las clases burguesas, cuyo apoyo al régimen franquista, en este caso, según Molinero e Ysàs (1998), no fue uniforme, ya que “en algunos sectores iba acompañado de una adhesión plena y activa” mientras que en otros casos “el régimen fue consentido pasivamente, incluso como "mal menor" ante la ausencia de alternativas satisfactorias” (p. 137). Atender a las

actitudes ciudadanas durante el Franquismo implica tener en cuenta la perdurabilidad de esta dictadura en el tiempo y cómo fueron modificándose las circunstancias por las que atravesó el régimen y la sociedad a lo largo de las décadas. Es preferible hablar de aceptación o de consentimiento en lugar de consenso, pues las medidas tomadas de cara a obtener la adhesión activa o pasiva de los españoles, según Cenarro (2007), “nunca fueron resultado del acuerdo o la negociación con ellos” (Citado en León Álvarez, 2008, p.103).

**2.- La desvirtuación de la realidad y el problema de las fuentes**→ Durante muchos años, el binomio disenso y consenso han vertebrado los estudios historiográficos sobre regímenes fascistas, sustentados estos últimos en la búsqueda de un orden social donde el sacrificio individual será legitimado para lograr el bienestar colectivo; dichos fascistas se erigirán como los únicos capaces de lograr tal bienestar, utilizando para ello todos los medios necesarios. Ahora bien, el consentimiento, pueden reflejar una realidad social muy distorsionada: la coacción y la amenaza se antojan elementos clave a la hora de influir en la toma de decisiones individuales. La incertidumbre ante las situaciones económico - sociales venideras y la emergencia de determinadas necesidades de subsistencia configuran, junto al miedo a la represalia, algunos de los motivos principales de apoyo popular al fascismo, de confianza en sus promesas, aún cuando se discrepe de sus métodos. El consentimiento manifestado con una amenaza subyacente, sin libertad de conciencia, no es un consentimiento real. Muchos historiadores, como Paul Corner, han insistido en la idea de que, si no existe una variada gama de opciones a elegir, inevitablemente se optará por la única existente; no había posibilidad de ser antifascista, no existía esa elección. En palabras de Ian Kershaw (2003), “en el caso de que los comentarios registrados reflejaran fielmente las actitudes públicas [...] dichas actitudes podrían resultar más de la expresión de una conformidad más o menos sujeta a coerción que de la auténtica popularidad de Hitler” (p.22). La mayoría de autores se basan en diarios, registros, correspondencia, encuestas...como fuente de sus investigaciones. Ahora bien, ¿cuánto de fiables y verdaderas son dichas fuentes?<sup>19</sup> Para el caso franquista, no resulta sencillo conocer las opiniones y actitudes políticas de una ciudadanía sometida a una dictadura que castigaba o penalizaba la discrepancia, la protesta, el rechazo o la oposición y donde eran monopolizados los medios de comunicación. El análisis de la documentación oficial puede verse alterado por las autoridades, capaces de “minimizar o exagerar aspectos tales como el apoyo popular al régimen, el disenso o las relaciones de poder entre las distintas fuerzas políticas” (Hernández Burgos, 2013, p. 30).

---

<sup>19</sup> “Are they invariably the expression of the innermost private sentiments rather than a reflection of the public façade?” (Corner, 2005, 305)

**3.- Distintos países, distintas transformaciones** → La historiografía ha evolucionado de manera distinta en el análisis del Fascismo italiano, el Nacionalsocialismo alemán y el Franquismo español. Como bien señalaban Albanese y Pergher (2012), cada país se enfrentaba “con diferentes tipos de desafíos morales e intelectuales ligados a la sociedad de posguerra” (p.13). Reconocer un consenso entre la población alemana, dada la brutalidad de los hechos llevados a cabo durante la dictadura de Adolf Hitler, supuso un reto más difícil de asumir por los historiadores, especialmente si Alemania no quería ver más empañada su imagen en el nuevo organigrama político internacional. Italia, por su parte, se concebía como un caso de menor relevancia, alejada de la radicalización y criminalidad alemana, por lo que admitir la importancia del consentimiento popular se antojaba más aceptable: una culpabilidad colectiva derivaría, de forma más sencilla, en una absolución colectiva. Además, el final del fascismo en ambos países no se desarrolló de la misma manera: mientras en territorio italiano la resistencia partisana marcó la historia de la región desde 1943 - lo que, de alguna manera, “limpia” su imagen -, en Alemania el nazismo imperó hasta los últimos días de su existencia. En el caso del régimen de Franco, “los binomios inclusión - exclusión, consenso activo - consenso pasivo y consenso - coerción funcionaron de modo distinto” (Saz Campos, 2004, p. 177). Los análisis sociales del régimen franquista mostrarán un abanico de actitudes diferentes que vendrán definidas a partir del sector social analizado, el momento o fase histórica de la dictadura que se estudie y el enfoque nacional o regional empleado. Las diferencias entre los tres regímenes a la hora de evaluar los distintos comportamientos populares son bien sintetizadas por Cazorla en el año 2002: la llegada, la consolidación y el fin del poder de Franco en España se produjo de forma muy diferente al de sus homólogos italiano y alemán. Mientras Hitler y Mussolini dirigían sus países mucho antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, la confrontación bélica (en este caso, la Guerra Civil de 1936 - 1939) supuso el embrión del régimen franquista. En el campo económico, el crecimiento no se produjo de forma paralela en los distintos países una vez finalizado el conflicto mundial: en España, “los indicadores e índices de producción prebélicos no se recuperaron hasta 1952-1954” (p.309). Por otro lado, tampoco fue similar la movilización de las masas y la conformación de un sentimiento nacionalista como elemento de cohesión e integración política. A diferencia de lo ocurrido en las dictaduras de Hitler y Mussolini, donde la participación y el apoyo popular es fundamental para entender su evolución y se intenta institucionalmente evitar la apatía, en el caso del régimen franquista, se puede llegar a considerar la despolitización y la desmovilización de la sociedad como un éxito: el conformismo y el individualismo cimentarían la pasividad y el apoliticismo de los españoles (León Álvarez, 2008). El régimen se conformó con la fidelidad de determinados sectores y con la seguridad de que el grueso de la población no amenazara a la seguridad del Estado.

**4.- La importancia del sujeto y sus actitudes pasivas / activas de apoyo** → En la década de los 60 y los 70 la historiografía italiana vivió una transformación analítica a partir de la obra biográfica de Benito Mussolini realizada por Renzo de Felice. De Felice abrió la puerta a la idea de consenso en el régimen fascista, desatando así un nuevo debate en torno a la configuración del movimiento en la primera mitad del siglo XX; un debate enmarcado en los nuevos paradigmas postmodernistas o culturales que, frente a la historiografía socioeconómica, analizarán al individuo en su circunstancias, indagarán en la relevancia del discurso ideológico y político. Detractores y partidarios del historiador reatino protagonizarán una discusión académica sobre el protagonismo o no que la violencia y la coacción adquirieron en la conformación del régimen y la opinión pública. El “giro cultural” de los años 70 conlleva la elaboración de estudios sobre el fascismo vertebrados en torno a la importancia de los símbolos, los rituales, los discursos o el lenguaje audiovisual en la conformación de un sentimiento de pertenencia a una causa, a un colectivo, a una nación. Autores como Robert Gellately, Daniel Jonah Goldhagen o Hans Fritzsche no niegan el uso de la violencia por parte de los nazis, pero sí la minimizan y relegan a un segundo plano desde la óptica de otros historiadores como Richard Evans. La represión la interpretaban como una fase provisional, transitoria, que daba paso a un periodo de paz política donde los mecanismos de control policial y las herramientas de integración a la comunidad adquirirían mayor protagonismo (Saz Campos, 2004). Tal y como sintetizó Cazorla (2002), se forma, de alguna manera, dos tipos de interpretaciones: por un lado una visión simbólico - política que otorga protagonismo a la movilización de las masas y la conformación de una mitología nacionalista; por otro lado, una perspectiva socioeconómica que, para el caso alemán, se sustentaba en la mejora de la economía y la calidad de vida. Algunas de las mayores herramientas que los fascistas emplearán para la construcción de un *consenso activo* serán las organizaciones sociales que beneficien principalmente a las clases trabajadoras, el control de la formación juvenil y su participación en obras de caridad, la movilización de las masas a través de grandes eventos de exhibición propagandística, etc. El crecimiento del apoyo al Nacionalsocialismo, por ejemplo, partirá de un principio multicausal: un factor económico (crisis laboral), un factor político (desprecio hacia la República de Weimar) y un factor social (búsqueda de la seguridad y el orden y rechazo al comunismo). En la búsqueda de un *consenso pasivo* y la “despolitización” de la sociedad por parte del Franquismo se optará por el adoctrinamiento educativo y religioso, el desarrollo de políticas de ayuda asistencial como Auxilio Social, la construcción de un espacio público de homenaje y recuerdo para los vencedores de la guerra, la utilización de la propaganda o las mejoras económicas de los años 60 (León Álvarez, 2008); a ello se unirá el miedo a la represión y el objetivo prioritario de la subsistencia en los primeros años del régimen.

## BIBLIOGRAFÍA

Albanese, G. (2012). Violence and Political Participation during the Rise of Fascism (1919–1926). In Giulia A. y Roberta P. (Eds.), *In the Society of Fascists: Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy* (pp. 49 – 68). New York: Palgrave Macmillan.

Alonso Ibarra, M. (2017). Los límites del fascismo en España. Un recorrido crítico por conceptos, interpretaciones y debates de la historiografía reciente sobre el Franquismo. *Studia Historica*. Historia contemporánea, 35, 135 - 170.

Aly, G. (2006). *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*. Barcelona: Crítica.

A. Ledeen, M. (1976). Renzo de Felice and the Controversy over Italian Fascism. *Journal of Contemporary History*, 4, 269 – 283.

Baris, T. (2012). Consent, Mobilization, and Participation: The Rise of the Middle Class and Its Support for the Fascist Regime. In Giulia A. y Roberta P. (Eds.), *In the Society of Fascists: Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy* (pp. 69 – 86). New York: Palgrave Macmillan.

Bernhard, P. (2014). Renarrating Italian Fascism: New Directions in the Historiography of a European Dictatorship. *Contemporary European History*, 23 (1), 151 – 163.

Cabana Iglesia, A. (2011). De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940 - 1960). *Historia Social*, 71, 89 – 106.

Cazorla, A. (2002). Sobre el primer Franquismo y la extensión de su apoyo popular. *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, 8, 303 - 320.

Canali, M. (2011). Il revisionismo storico e il fascismo. Cercles. *Revista d'història cultural*, 14, 82 – 109.

Cobo Romero, F. (2011). Los apoyos sociales a los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras. Un estudio comparado. *Historia Social*, 71, 60 – 87.

Corner, P. (2002). Italian Fascism: Whatever Happened to Dictatorship? *The Journal of Modern History*, 74, 325 – 351.

Corner, P. (2015). The Party and the People: Totalitarian States and Popular Opinion. *Contemporary European History*, 24 (2), 303 – 308.

Del Arco Blanco, M.A. (2009). El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la violencia, represión y hambre. *Ayer*, 76, 245 - 268.

Del Arco Blanco, M.A.; Anderson, P. (2011). Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales del Franquismo (1936 - 1951). *Historia Social*, 71, 125 - 141.

Evans, R. (2015). *El Tercer Reich. En la historia y la memoria*. Barcelona: Pasado & Presente.

Fasiolo, M. (2017). *Consensus for Mussolini? Popular opinión in the Province of Venice (1922 – 1943)* (Tesis doctoral). University of Birmingham.

Fritzsche, Peter (2008). *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica.

Gagliardi, A. (2012). The Entrepreneurial Bourgeoisie and Fascism. In Giulia A. y Roberta P. (Eds.), *In the Society of Fascists: Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy* (pp. 49 – 68). New York: Palgrave Macmillan.

Gellately, R. (2002). *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*. Barcelona: Crítica.

Goldhagen, D. (1997). *Los verdugos voluntarios de Hitler: los alemanes corrientes y el holocausto*. Madrid: Taurus.

Goeschel, C. (2018). Hitler's Compromises: Coercion and Consensus in Nazi Germany. *The Historian*, 80, 170–171.

González Madrid, D. A. y Ortiz Heras, M. (2017). La dictadura de la miseria. Políticas sociales y actitudes de los españoles en el Primer Franquismo. *Historia Social*, 88, 25 – 46.

González Cuevas, P.C. (2016). Renzo de Felice, una semblanza intelectual a los veinte años de su muerte. *Historia y Política*, 34, 371 – 384.

Hernández Burgos, C. (2013). *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura: 1936- 1976*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada

Hernández Burgos, C. (2014). Más allá del consenso y la oposición: las actitudes de la “gente corriente” en regímenes dictatoriales. Una propuesta de análisis desde el régimen franquista. *Revista de Estudios Sociales*, 50, 87 - 100

Hernández Burgos, C.; Fuertes Muñoz, C. (2015). Conviviendo con la dictadura. La evolución de las actitudes sociales durante el Franquismo (1936 - 1975). *Historia Social*, 81, 49 – 65

Kershaw, I. (2003). *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Kollander, P. (2018). Consensus in Nazi Germany: New Views and Interpretations. *History: Reviews of New Books*, 46, 89 – 92.

León Álvarez, A. (2008). *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo*. Santa Cruz de Tenerife: Idea

Lida, M. (2008). Entrevistas sobre el nazismo: Robert Gellately y Peter Fritzsche. *Entrepasados*, 23, 113 – 123.

L. Adamson, W. (1980). Gramsci's Interpretation of Fascism. *Journal of the History of Ideas*, 11 (4), 615 - 633.

Molinero, C.; Ysás, P. (1998). La historia social de la época franquista: una aproximación. *Historia Social*, 30, 133 – 154.

Molinero, C. (2003). La política social del régimen franquista. Una asignatura pendiente de la historiografía. *Ayer*, 50, 319 - 331

Molinero, C. (2005). *La captación de masas: política social y propaganda en el régimen franquista*. Madrid: Cátedra.

Molinero, C. (2006). El reclamo de la “justicia social” en las políticas de consenso del régimen franquista. *Historia Social*, 56, 92 - 110

Nelis, J. (2006). Italian fascism and culture: some notes of investigation. *Haol*, 9, 141 - 151.

Pergher, R- (2015). The Ethics of Consent—Regime and People in the Historiographies of Fascist Italy and Nazi Germany. *Contemporary European History*, 24 (2), 309-315

Saz Campos, I. (2004). *Fascismo y franquismo*. Valencia: Universitat.

Sevillano Calero, F. (2003). Consenso y violencia en el "nuevo estado" franquista: historia de las actitudes cotidianas. *Historia Social*, 46, 159-171

Traniello, F. (1999). Historiografía italiana e interpretaciones del fascismo. *Ayer*, 36, 177 – 200

Yong – Woo, K. (2009). From ‘Consensus Studies’ to History of Subjectivity: Some considerations of recent historiography on Italian Fascism. *Totalitarian Movements & Political Religions*, 10, 327 - 337